(Heidi)

Johanna Spyri

Versión de Nicolás Schuff



GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero,* Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos,* Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya,* Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde,* Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos,* Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror,* Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville,* Oscar Wilde.
- *Martín Fierro,* José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca,* Henry James.
- *La vida es sueño,* Pedro Calderón de la Barca. volumen doble
  Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho,* Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta,* William Shakespeare. volumen doble
  Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona,* Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo,* Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.
- *Cuentos folclóricos de la Argentina,* Antología.
- *Las aventuras de Huckleberry Finn,* Mark Twain.
- *Frankenstein,* Mary Shelley.
- *La increíble historia de Simbad el Marino,* relato de “Las mil y una noches”.
- *Heidi,* Johanna Spyri.

Heidi

Johanna Spyri

Versión de Nicolás Schuff

Estudio preliminar y propuestas de actividades de Ignacio Miller

GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Gerencia de contenidos: Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Jefatura de arte: Silvina Gretel Espil.
Diseño de tapa y asistencia en diseño: Jimena Ara Contreras.
Ilustraciones: Fernando Calvi.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Ignacio Miller.
Coordinación de producción: María Marta Rodríguez Denis.
Analista de producción: Juan Pablo Lavagnino.

Spyri, Johanna,
Heidi / Spyri, Johanna ; ilustrado por Fernando Calvi. - 1a ed . 2a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Kapelusz, 2016.
144 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-13-0269-1

1. Literatura Suiza. I. Calvi, Fernando, ilus. II. Título.
CDD 830

Primera edición.
Segunda reimpresión: abril de 2016

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.kapelusz.com.ar
Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Libro de edición argentina.
Impreso en la Argentina.
Printed in Argentina.

ISBN: 978-950-13-0269-1

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: **apalermo@kapelusz.com.ar.** Leeremos con gusto sus comentarios.

Índice

Nuestra colección

Incontables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores a partir de los que nos desplazamos en nuestros trayectos –cotidianos o no–, leemos publicidades que –con su pretensión de originalidad– intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas… leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Además, los lectores de literatura disponen de la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres, y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

Leer hoy y en la escuela *Heidi*

Prácticamente desde el momento de su publicación, en 1880 y 1881, *Heidi* se convirtió en un verdadero éxito. Lectores de todas las épocas y de todas las edades se encariñaron con la niña inocente y alegre que lleva una vida libre en medio de las montañas, y se enamoraron del idílico paisaje alpino, con sus valles, sus bosques y sus cumbres nevadas. Una muestra del grado de popularidad alcanzado por la novela es el hecho de que haya sido traducida a más de 50 idiomas, y que se hayan vendido más de 50 millones de ejemplares. También las innumerables versiones y adaptaciones literarias, teatrales, radiales, cinematográficas y televisivas de la obra son prueba de la enorme aceptación que ha tenido en el público.

Sin dudas, Johanna Spyri, al escribir *Heidi*, logró recrear un mundo que, sin apartarse de la convención realista, se nos antoja más bello, más puro y, decididamente, más feliz que el que conocemos. En el personaje de la “niña de los Alpes” —tal como figura en el título de la versión televisiva japonesa de la novela—, parece concentrarse todo cuanto de bueno, auténtico y genuino puede haber en un ser humano, como si fuera el espejo que nos devuelve la imagen, no siempre visible, de aquello que de alguna manera quisiéramos siempre ser. Así y todo, y pese a esa visión “incontaminada” de la naturaleza aludida en el párrafo anterior, el mundo en el que

vive Heidi no es perfecto —el abuelo es un ser lleno de amargura y rencor, Pedro es un tanto perezoso y vive en condiciones de gran pobreza—, y a Heidi misma no se le ahorran dificultades, que son causa de tristeza y de enfermedad —como le ocurre durante su estancia en Fráncfort. Estos aspectos sombríos de su entorno y estas contrariedades, sin embargo, no hacen más que resaltar las cualidades de la protagonista —quien sabe enfrentar las situaciones difíciles y aprende a encontrar lo bueno a lo largo de las experiencias que vive— y, por sobre todo, forman parte de las pruebas que todo héroe debe superar para llegar a ser dueño de sí mismo. Y es aquí donde, definitivamente, hay que buscar el valor del personaje de Heidi pues, como dice Bruce Meyer, "los héroes reflejan exactamente los mismos valores y rasgos en su personalidad que a nosotros nos hacen ser individuos. Representan, asimismo, los sueños que todos anhelamos cumplir, nuestra propia necesidad de enfrentarnos a obstáculos y vencerlos".[1]

Leer hoy en la escuela *Heidi*, por lo tanto, significa no solo soñar por un momento con la posibilidad de un mundo más amable, sino también, y principalmente, aceptar el mundo real —con sus vertiginosos cambios, con sus contrastes y con sus maravillas—, aprendiendo a vivir en él con alegría.

---

1 **Bruce Meyer.** *Héroes. Los grandes personajes del imaginario de nuestra historia*. Madrid, Siruela, 2007.

Avistaje

1. Parte de la historia de *Heidi* transcurre en la región oriental de los Alpes suizos, cerca de la actual frontera entre Suiza y un pequeño país llamado Liechtenstein. Consigan un atlas o un mapa físico-político de Europa y ubiquen esa región.

2. ¿Qué conocen acerca de Suiza? Formen pequeños grupos y busquen información en enciclopedias sobre este país. Luego, a partir de la información obtenida, completen una ficha como la que sigue.

Nombre del país:
Países con los que limita:
Capital:
Principales ciudades:
Lenguas habladas:
Regiones geográficas:
Clima:
Principales productos que fabrica:

3. Las cabras son animales típicos del entorno rural en el que se sitúa gran parte de la acción de *Heidi*. Subrayen las características de la lista que corresponden a estos animales.
   - Viven en zonas montañosas.
   - Viven en selvas y llanuras.
   - Sus patas poseen pezuñas con una capa interna que amortigua la caída al saltar entre las rocas.
   - Sus patas poseen fuertes músculos que les permiten correr a gran velocidad.

- Se alimentan de insectos y hierbas.
- Se alimentan de arbustos con hojas flexibles, menos tiernas que los pastos.

4 Indiquen qué beneficios se obtienen de las cabras en relación con los siguientes usos.

- Alimentación:

____

____

- Vestimenta:

____

____

5 Observen las siguientes imágenes y mencionen por lo menos tres similitudes entre los dos paisajes.



Bariloche, Argentina.



Maienfeld, Suiza.

6 ¿Cuál es la cadena montañosa que se encuentra cerca de Bariloche? Consulten un atlas o un libro de geografía y busquen información acerca de esa cadena montañosa y los Alpes.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Biografía



Johanna Spiry nació en Hirzel (Suiza), una pequeña aldea alpina cercana a la ciudad de Zúrich, el 12 de junio de 1827. Su apellido de soltera era Heusser. Fue la cuarta hija del matrimonio formado por el doctor Johann Jacob Heusser, médico rural, y Margareta Schweizer, una mujer muy piadosa, que escribió algunos relatos para niños y diversos poemas de carácter religioso.

Hasta los 14 años vivió en el pueblo, donde concurrió a la escuela. A esa edad se fue a vivir a Zúrich y, dos años más tarde, a Yverdon, ciudad del oeste de Suiza, ubicada en la región de habla francesa. Allí permaneció durante un año en un internado y completó su formación.

A su regreso a Hirzel, en 1845, Johanna se dedicó a la educación de sus dos hermanas menores, tarea que continuó a lo largo de siete años. Durante este período leyó con mucha intensidad. En 1852, cuando tenía 25 años, conoció a Johann Bernhard Spyri, un abogado y periodista, con quien se casó y se fue a vivir a Zúrich. A Johanna no le resulta fácil adaptarse a la vida en la ciudad: su marido consagra gran parte de su tiempo al trabajo, y ella pasa todo el día sola. Como consecuencia, empieza a sentirse cada vez más triste. Sin embargo, esto no le impide tener una cierta vida social: participa asiduamente en un grupo literario y artístico que se reúne en la casa de la señora Meyer, perteneciente a una conocida familia de Zúrich. Allí conoce, entre otros, al músico alemán Richard Wagner y al novelista suizo Gottfried Keller.

En 1855 nace Bernhard, el único hijo del matrimonio. La llegada del niño alegra a Johanna y contribuye a sacarla de la profunda tristeza en que se hallaba. De todas maneras, Bernhard tendrá durante toda su vida una salud débil y morirá muy joven, a los 28 años, en 1884.

Estimulada por un amigo de la familia, Johanna empezó a escribir. En 1871, publica su primera novela: *Una hoja en la tumba de Vrony*. Se trata de una historia para adultos, que apareció firmada solamente con las iniciales de su autora (J.S.). La novela tuvo un poco de notoriedad y esto, sin duda, la animó a seguir escribiendo. Durante los años siguientes, continuó elaborando otros relatos para adultos, y también comenzó a escribir historias para niños. En 1880, publica la primera parte de la que será su obra más famosa, titulada *Los años de aprendizaje y peregrinación de Heidi*. La novela llegó a tener un gran éxito y convirtió a su autora en una celebridad. A esta primera parte, le seguirá, al año siguiente, una segunda, llamada *Heidi puede poner en práctica todo lo que ha aprendido*. Hoy en día, las dos partes se publican juntas, como una sola historia, con el título de *Heidi*.

En 1884, unos meses después de la muerte del hijo, fallece el marido, y Johanna decide mudarse a una casa ubicada en otra zona de Zúrich. Allí siguió escribiendo. En total, su obra comprende cuarenta y ocho cuentos y novelas. Murió el 12 de junio de 1901, y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Zúrich.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Palabra de expertos

La historia de un aprendizaje

Ignacio Miller

Un personaje inolvidable

Heidi se ha convertido en uno de los personajes más célebres de la literatura infantil. Actualmente, su nombre está asociado a la imagen de las montañas y los valles alpinos, en los que el paisaje parece conservar su pureza y donde las personas conviven aún en armonía con el entorno natural.

Así como el tango, el mate y el gaucho Martín Fierro forman parte de los elementos con los que se suele identificar a la Argentina, Heidi integra, junto con los relojes, los chocolates y los quesos, aquellos que remiten popularmente a Suiza. Esta fama, desde ya, es más que merecida y se debe al talento de su autora, Johanna Spiry, que supo crear un personaje entrañable, lleno de ternura y bondad: un ser que permite que los lectores volvamos a ver el mundo con los ojos de la inocencia.

El marco geográfico

La acción de *Heidi* transcurre en dos lugares muy diferentes entre sí, que se corresponden con dos momentos en la vida de la protagonista. El primero de ellos, donde comienza la novela, es una aldea enclavada en los Alpes suizos, en la región del Chur; más específicamente, en las cercanías de la localidad de Maienfeld. Entre los años 1845 y 1853, Spyri pasó varias temporadas de vacaciones en esta zona del este de Suiza. Aquí, Heidi, en compañía de su abuelo y de Pedro, vive en pleno contacto con la naturaleza. En la actualidad, la región se conoce popularmente como “Heidiland”, y

su recorrido turístico incluye la visita a la “casa de Heidi”, una cabaña en Maienfeld que recuerda a la del abuelo de la niña.

El otro escenario en el que se sitúa la acción de la novela es la ciudad alemana de Fráncfort del Meno, llamada así por estar ubicada a orillas del río Meno. En esta ciudad, importante centro económico y cultural, Heidi sufrirá, en cierta medida, algunas de las rígidas normas del mundo “civilizado”. Si el campo es el espacio de la libertad, la ciudad será para Heidi el lugar del encierro. Sin embargo, también será el ámbito en el que podrá hacer nuevas amistades.



“Casa de Heidi” en Maienfeld, Suiza.



Vista de la ciudad de Fráncfort del Meno, a fines del siglo XIX.

El marco histórico

Los hechos que se narran en *Heidi* suceden en la misma época en que se escribió la novela, es decir, alrededor de la década de 1880. Por eso, aunque en el relato no se alude a acontecimientos históricos concretos, el conocimiento de algunos aspectos de la realidad de ese momento permite comprender mejor ciertas características de la historia y de los personajes, así como la importancia de algunos temas que se presentan.

Suiza fue, después de Gran Bretaña, uno de los primeros países en los que se desarrolló la industrialización, es decir, la elaboración a gran escala de materiales y productos mediante la instalación de fábricas. Ya a principios del siglo XIX era una de las principales potencias industriales europeas. Como consecuencia de este proceso,

tabla de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

la población rural, que se dedicaba a la agricultura y la ganadería, empezó a trasladarse a las ciudades. De este modo, el ambiente pastoril en el que Heidi pasa algunos años de su infancia, donde las familias obtienen parte de su alimento de los animales que poseen, está pronto a desaparecer.

En ese ambiente, muchas personas no sabían leer ni escribir. Así, por ejemplo, en la novela, la madre de Pedro es incapaz de leer y el abuelo de Heidi se niega a mandar a su nieta a la escuela, aun cuando, en 1874, en Suiza (como diez años después se haría en la Argentina) se había establecido la enseñanza obligatoria para todos los niños.

Heidi como novela de formación

A lo largo de *Heidi*, la educación aparecerá como tema varias veces, y puede decirse que ocupa un lugar importante entre las preocupaciones de la autora, quien dedicó varios años de su vida a la enseñanza. Sin embargo, la educación de Heidi no se limita a la que se recibe en la escuela y a la que imparten los maestros: desde que llega a la casa del abuelo hasta que viaja a Fráncfort, y luego, desde su permanencia en esa ciudad hasta su regreso a los Alpes, Heidi aprende a vivir en el mundo que la rodea —y del que ella forma parte— y a relacionarse con personas muy diversas.

En las montañas, descubre la naturaleza y conoce la vida en el campo, una vida sencilla y aparentemente feliz, pero también acotada a la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación y vivienda. Luego, en la ciudad, se asoma a una realidad en la que los edificios han reemplazado a la naturaleza y en donde la existencia de las personas parece muchas veces puramente artificial, pero en la que, a la vez, es posible adquirir una serie de conocimientos que permiten comprender el mundo de modo más amplio. De este modo, puede decirse que *Heidi* cuenta la historia del aprendizaje que realiza la protagonista a partir de las experiencias que vive.

Las novelas que, como *Heidi*, cuentan la vida de un personaje y muestran el modo en que este crece y se desarrolla como persona se denominan “novelas de formación” o “novelas de aprendizaje”. Entre otros muchos ejemplos de este tipo de novelas, se pueden mencionar *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Las aventuras de Tom Sawyer*, ambas del escritor estadounidense Mark Twain, *David Copperfield*, del inglés Charles Dickens, y *Corazón*, del italiano Edmundo De Amicis.

Versiones y adaptaciones de Heidi

El éxito que acompañó a *Heidi* desde su publicación no hizo más que acrecentarse con el correr de los años. Tanto es así que algunos novelistas, años después de la muerte de Johanna Spyri, escribieron libros en los que continuaron la historia de la protagonista.

También se hicieron diversas versiones cinematográficas. La primera de ellas se realizó en 1920, y era una película muda. Sin embargo, a nivel mundial, la adaptación que tuvo mayor repercusión fue la serie de dibujos animados para televisión, de origen japonés, estrenada en 1974. La serie, que actualmente fue editada en DVD, consta de 52 episodios y en la producción participó Hiyao Miyazaki, quien después dirigió las famosas películas de animación *El viaje de Chihiro* (2001) y *El increíble castillo vagabundo (2004).*



Imagen de la serie japonesa Heidi.



Portada de una de las primeras ediciones de Heidi.

Tabla de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Heidi



Capítulo I
Al encuentro del viejo de la montaña

Una joven y una niña iban tomadas de la mano por los Alpes.[1] Era una hermosa mañana de sol, y el aroma del pasto y de las flores perfumaba el aire.

La joven era grande y robusta, y se llamaba Dete. La niña no tenía más de cinco años. Su nombre era Heidi. A pesar del calor, iba vestida como si estuviera en pleno invierno. Llevaba puestos dos vestidos, una pañoleta de lana atada al cuello y un par de zapatos pesados y duros.

Al cabo de una hora llegaron a la aldea de Dorfli,[2] situada entre el valle y la cadena de montañas. Era la aldea natal de Dete y los lugareños la saludaban al pasar. Una mujer de aspecto alegre se asomó por la ventana de una de las casitas y gritó:

—¡Un momento, Dete! Si sigues por ese camino, vamos juntas.

Al salir de la cabaña, la mujer, que se llamaba Barbel, vio a Heidi y preguntó:

—Es la hija de tu hermana… la huérfana, ¿no?

---

1 **Alpes:** gran cadena montañosa de Europa, que actualmente se encuentra repartida entre cuatro países: Francia, Suiza, Austria e Italia.

2 **Dorfli:** pequeña aldea de los Alpes suizos.

—Sí —dijo Dete—. La llevo con el viejo de la montaña. Se va a quedar con él.

—¿Estás loca, Dete? El viejo te va a mandar de vuelta apenas te vea aparecer.

Las mujeres caminaban juntas y la niña las seguía detrás.

—Es su abuelo, Barbel. Le toca hacer algo por ella —dijo Dete.

—La verdad, no me gustaría estar en el lugar de la niña —dijo Barbel—. Nadie sabe mucho sobre el viejo, salvo que vive en las cumbres, no habla con nadie y jamás va a la iglesia. Si de casualidad baja a la aldea, la gente se aparta porque le tiene miedo.

—Sigue siendo su abuelo de cualquier manera —insistió Dete—, y su obligación ahora es cuidarla. Yo debo ir a Fráncfort,[3] porque tengo la posibilidad de entrar como personal doméstico en una casa.

—Me gustaría saber qué le pesa tanto en la conciencia al viejo para vivir allá arriba, sin hablar nunca con nadie… —siguió Barbel—. Se cuentan muchas historias sobre él… Tu hermana te habrá contado alguna, ¿no? ¿Es tan huraño como dicen en el pueblo?

—Si después no las vas a repetir por ahí, podría contarte algunas cosas…

—¡Pero, Dete! —exclamó Barbel un poco ofendida—. ¿Te parece que no sé guardar un secreto? Vamos, cuéntame.

Dete giró para cerciorase de que Heidi no la escuchara.

3 **Fráncfort del Meno:** una de las ciudades más importantes de Alemania.

Pero, entusiasmadas con la charla, ninguna de las mujeres se había dado cuenta de que la niña había desaparecido. Se detuvieron a escrutar el sendero por el que venían y sus inmediaciones.

—¡Allá está! —exclamó por fin Barbel, señalando las montañas—. Allá… ¿la ves? Está con Pedro, el pastor. No te preocupes, él la va a cuidar bien. Ahora cuéntame del viejo.

—De todas formas, no hace falta que la cuide mucho… —dijo Dete—. Es una niña muy despierta para su edad. Por suerte, porque ahora le va a hacer falta. Su abuelo tiene apenas una cabaña y un par cabras.

—Pero no siempre fue así, ¿no? —preguntó Barbel, ansiosa por saber más acerca del viejo.

—¡Todo lo contrario! —exclamó Dete—. Sus padres tenían una de las granjas más grandes y hermosas que te puedas imaginar. Él era el hijo mayor. Su hermano menor era un chico muy tranquilo y trabajador. Pero él no; nunca hacía nada, le gustaba vivir como un gran señor. Se la pasaba viajando, bebiendo y jugando, y en poco tiempo perdió todo el patrimonio familiar en apuestas. Dicen que su padre y su madre murieron del disgusto. Y que su hermano, a quien dejó en la miseria, se fue del país por vergüenza. A él también dejaron de verlo durante mucho tiempo. Algunos decían que se había enrolado en el ejército. La cuestión es que un día, quince años después, apareció con un niño, Tobías. Era su hijo. Pero todos le cerraron las puertas. Eso lo enfureció y juró que jamás volvería a ese pueblo. Entonces vino para este lado y se instaló con Tobías en Dorfli.

—¿Y la madre del chico? —preguntó Barbel.

—Al parecer murió poco después de dar a luz. La cuestión

es que al final el viejo pudo dejar a Tobías al cuidado de un carpintero. En poco tiempo el chico aprendió el oficio y se hizo querer por todos en la aldea. Y cuando creció conoció a mi hermana Adelaida, se casaron y fueron muy felices. Pero dos años después él estaba trabajando en una construcción y una viga le cayó encima y lo mató.

—¡Qué horror! —exclamó Barbel.

—Sí, fue terrible. Adelaida no pudo reponerse. Se enfermó y murió poco después. En ese momento no faltaron los que decían que aquella desgracia era un castigo por los pecados del viejo… Incluso el cura de la aldea fue a hablarle, para que se arrepintiera de su vida pasada. Pero él se volvió más huraño que antes, y los vecinos empezaron a evitarlo. Así que un día se instaló en la cima de la montaña y nunca más volvió a vivir en la aldea. Mamá y yo nos hicimos cargo de la hija de Adelaida, que apenas empazaba a caminar. El año pasado mamá murió, y yo tengo ahora esta propuesta de trabajo que no puedo rechazar. Pasado mañana debo estar en Fráncfort.

—¿Y vas a dejar a tu sobrina en la casa del viejo, después de lo que me contaste? —preguntó Barbel.

—¿Qué puedo hacer? —replicó Dete, ofendida—. Me parece que ya me ocupé bastante y cumplí con mi deber. No puedo llevarme a Fráncfort a una niña de cinco años… Bueno, Barbel, ya estamos cerca de la cima de la montaña. ¿Tú adónde ibas?

—Yo voy a hablar con la madre de Pedro, el pastor. Ella hila mi lana durante el invierno. Viven ahí —Barbel señaló una cabaña pequeña y bastante deteriorada—. Adiós, Dete. Mucha suerte.

Se saludaron y Dete vio entrar a Barbel en la casita del pastor de cabras. Pedro tenía once años y bajaba todas las mañanas a Dorfli, para llevarse las cabras a pacer en las alturas. Al anochecer volvía con el rebaño hasta la plaza de la aldea y lanzaba un silbido para que los dueños de las cabras acudieran a buscarlas. Muchas veces eran chicos los que iban, y en esas oportunidades Pedro aprovechaba para conversar con ellos. Casi siempre terminaba muy tarde y volvía muy cansado a su casa. Apenas tenía tiempo para charlar con su mamá o con su abuelita, porque caía rendido en la cama inmediatamente después de comer su pan y tomar su leche.

Dete no veía a Heidi por ninguna parte. Tampoco a Pedro. Trepó a una roca alta y volvió a examinar la montaña con impaciencia, mirando a un lado y a otro, sin éxito.

Mientras tanto, los chicos habían recorrido una buena distancia. Pedro conocía los lugares donde crecía el pasto más tierno y cada tanto se detenía para dejar que los animales comieran tranquilos. Al principio la niña se sentía muy molesta con sus ropas abrigadas y sus pesados zapatos, pero aguantaba sin decir nada, mientras su compañero saltaba entre las piedras con la agilidad de una cabra, descalzo y con prendas ligeras. Pero, de pronto, la niña tomó una decisión: se sentó en el pasto y se sacó los zapatos y las medias de un tirón. Después se quitó la pañoleta y también uno de los vestidos, ya que su tía le había encimado dos para que no tuviera que cargar con uno en la mano. En menos de un minuto Heidi dobló sus ropas y corrió saltando detrás de Pedro. Ahora ella también se sentía fresca y tan ágil como una cabra.

Pedro sonrió al ver a la niña con su nueva vestimenta, y ella comenzó a hacerle un montón de preguntas. Quería saber exactamente cuántas cabras tenía, adónde las llevaba, qué haría con ellas cuando llegara al sitio elegido y muchas cosas más. Pedro intentaba satisfacer la curiosidad de Heidi y así, mientras conversaban, llegaron cerca de la cabaña del pastor, donde los esperaba Dete.

—¡Heidi! —exclamó al ver a su sobrina—. ¿Se puede saber qué hiciste? ¿Dónde está tu ropa? ¿Y los zapatos que te acabo de comprar?

La niña señaló un punto a los lejos.

—Allá —dijo traquilamente.

Dete alcanzó a divisar un bulto con algo de color rojo, sin duda la pañoleta.

—¿Pero qué te pasa? —le reprochó—. ¿Por qué te sacaste la ropa?

—Porque no la necesitaba.

—¿Eres tonta o qué? ¿Quién va a bajar de nuevo ahí para buscar la ropa? Nos va a llevar por lo menos media hora… ¡Pedro! Ve y tráenos esa ropa, vamos… ¡rápido!

—Estoy muy retrasado, todavía tengo trabajo —respondió el chico, con las manos en los bolsillos y sin moverse del lugar.

Entonces Dete sacó una moneda reluciente, se la mostró y dijo:

—¿Y si te doy esto, qué te parece?

Pedro le echó una mirada y después salió como una flecha. Bajó por las rocas, recogió el montón de ropa y volvió enseguida. Dete lo felicitó y reconoció que se merecía la moneda. El


CALVI

muchacho estaba muy contento. Pocas veces recibía semejante tesoro.

—Y ya que vas por nuestro camino —le dijo Dete—, podrías llevar las ropas hasta la cabaña del viejo de la montaña, ¿no?

Los tres se pusieron en marcha, seguidos por las cabras. Después de media hora de subir, llegaron a la cabaña del viejo.

La casa estaba expuesta a todos los vientos, pero construida de forma que recibía los rayos del sol desde el amanecer hasta el ocaso, y tenía una vista panorámica sobre todo el valle. Detrás de la cabaña había tres pinos muy altos y frondosos, y un poco más allá comenzaba el último repecho de la montaña, con sus abruptas pendientes rocosas, sembradas de maleza.

El viejo había construido un banco de madera contra el lado de la cabaña que miraba al valle. Allí estaba sentado, con la pipa en la boca y las manos apoyadas en las rodillas, observando al grupo que se acercaba.

Heidi fue la primera en llegar. Se encaminó hacia el anciano, puso su pequeña mano sobre la de él y le dijo:

—¡Buenos días, abuelo!

El viejo vaciló, sin saber qué responder, y después estrechó la manito mientras observaba a la niña. Heidi le sostuvo la mirada. Ese abuelo con barba blanca y gruesas cejas despeinadas le parecía digno de estudio.

—Buenos días, señor —dijo Dete al llegar—. Le traigo a la hija de Tobías y Adelaida. Me imagino que no la reconocerá, porque no la ve desde que tenía un año.

—Mmm… ¿Y qué es lo que quiere de mí? —preguntó el viejo con cautela.

Y después miró a Pedro y le gritó:

—¡Llévate mis cabras de una vez por todas, que hoy estás muy atrasado!

Pedro obedeció enseguida y desapareció.

—La niña viene a quedarse aquí —dijo Dete contestando a la pregunta—. Yo he cumplido mi deber durante cuatro años. Ahora le toca a usted.

El viejo dejó escapar un gruñido y atravesó a Dete con la mirada.

—Y cuando la niña empiece a llorar pidiendo volver con usted, ¿qué vamos a hacer?

—Eso es asunto suyo —respondió Dete—. A mí nadie me explicó qué tenía que hacer cuando Heidi quedó a mi cuidado de un día para el otro, y yo debía trabajar y mantener a mi madre… Ahora ya no puedo tenerla, porque acepté un trabajo importante en una casa. Usted es su pariente más cercano. Si no puede cuidarla, haga lo que quiera. Si le pasa algo, será responsabilidad suya. Supongo que no querrá agregar otra culpa a las que ya tiene en su conciencia.

Dete había hablado más de lo que quería. La verdad era que se sentía bastante mal por dejar allí a la niña, y había perdido un poco el control.

El viejo, después oír aquellas palabras, se había puesto de pie y la miraba de un modo tan terrible que la joven retrocedió unos pasos. El anciano extendió el brazo hacia el sendero y dijo con voz imperativa y ronca:

—Váyase ya mismo y no vuelva a presentarse aquí nunca más. ¡Váyase!

Dete no necesitó que le repitieran la orden. Bajó por el sendero lo más rápido que pudo, y alivió su conciencia con el pensamiento de que más adelante, cuando ganara dinero, podría ayudar a la niña.



Capítulo II
En casa del abuelo

Cuando Dete se marchó, el viejo volvió a sentarse y se quedó en silencio, mirando el suelo y echando bocanadas de humo con su pipa. Heidi, por su parte, se puso a investigar su nuevo hogar sin ninguna preocupación. Dio una vuelta alrededor de la cabaña y se detuvo bajo los altos pinos. El viento mecía las ramas de los árboles con una música bella y especial. La niña se quedó un rato escuchando ese sonido y al fin volvió donde estaba su abuelo, que seguía sentado en silencio. Heidi le apoyó una mano en el hombro y el viejo alzó los ojos.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó.

—Me gustaría ver lo que hay en la cabaña, abuelo.

—Bueno, vamos —dijo el viejo, poniéndose de pie—. Y trae tu ropa.

—¡Ya no la necesito! —dijo Heidi.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque me gusta más andar como las cabras. Ellas no tienen que preocuparse por llevar un montón de ropa encima.

—Bueno, como quieras —respondió el abuelo—. Igual trae tus cosas, vamos a guardarlas en el armario.

El viejo abrió la puerta y la niña entró con él. Se trataba de una única habitación, bastante grande, sin muchos muebles.

Apenas una mesa y una silla, un hogar de leña, un banquito y una cama en un rincón. El viejo cruzó la habitación y abrió otra puerta. Era un armario de tres estantes empotrado en la pared. Había un abrigo colgado de un clavo tras la puerta, y algunas camisas y medias en el primer estante. En el segundo, unos pocos platos y tazas; y en el tercero, pan, queso y carne ahumada. Eso era todo lo que el viejo poseía.

Heidi dejó el paquete con su ropa en un rincón del armario y después miró con atención el ambiente que la rodeaba.

—¿Dónde voy a dormir, abuelo? —preguntó.

—Donde te guste.

A Heidi le encantó esa respuesta… Inmediatamente, se puso a inspeccionar los rincones de la cabaña. De pronto, descubrió una escalera apoyada contra una pared, junto a la cama del abuelo. La niña trepó y soltó un grito de alegría: arriba había un entrepiso, con el suelo cubierto de heno[4] fresco y perfumado, y una ventanita que dejaba entrar el sol y tenía vista directa sobre el valle.

—¡Voy a dormir acá! —exclamó—. ¡Es hermoso, abuelo, ven a ver!

—Ya lo conozco —dijo el viejo.

—¡Ahora voy a hacerme la cama! —anunció Heidi—. ¿Podrías traerme una sábana, abuelo? Siempre hay que poner una sábana antes de acostarse.

—Muy bien —respondió el viejo, y se dirigió al armario.

Debajo de las camisas había un pedazo grande de tela

4 **Heno:** un tipo de hierba.

rústica. Era lo más parecido a una sábana que tenía para darle. Lo tomó y subió la escalera. Heidi ya había preparado un colchón con un montón de heno, justo debajo de la ventana.

—Te quedó muy bien —dijo el abuelo—. Aquí está la sábana.

Extendieron juntos la tela sobre el heno, y Heidi retrocedió un paso para contemplar su obra.

—Nos olvidamos de una cosa, abuelo —dijo.

—¿De qué?

—De la frazada.

—Mmm… espera un momento —dijo el anciano, y bajó la escalera.

Lo único que encontró fue una bolsa grande de arpillera. Volvió con ella y dijo:

—¿Servirá esto?

Heidi extendió la bolsa sobre la cama.

—¡Queda perfecta, abuelo! —exclamó—. ¿No es una cama hermosa? ¡Ojalá fuera de noche para poder acostarme ya mismo!

—Primero hay que comer algo —dijo el abuelo—. ¿No tienes hambre?

Heidi había estado demasiado ocupada con su cama para pensar en otra cosa, pero de pronto descubrió que estaba hambrienta. No había comido nada desde la mañana.

Bajaron, y el abuelo avivó el hogar con nuevos leños. Puso una ollita al fuego, y después cortó un pedazo de queso y lo acercó al calor con una tenaza de hierro. Se sentó en un banquito junto al hogar y, mientras el contenido de la olla se entibiaba, él le daba vueltas al queso con mucha paciencia, dorándolo.

Heidi había seguido esos preparativos con mucha atención. De repente tuvo una idea y fue hasta el armario. Cuando el viejo retiró la olla y el queso del fuego, descubrió que su nieta había puesto la mesa. Ya estaban dispuestos los platos, los cubiertos, dos tazones y unas rebanadas de pan.

—Muy bien… Veo que sabes resolver muchas cosas por tu cuenta. Pero ¿dónde vas a sentarte?

Él ocupaba la única silla, así que Heidi corrió a buscar el banquito de tres patas que había junto al hogar.

—Eso es muy bajo, no vas a llegar a la mesa. Ni siquiera sentada en mi silla llegarías… A ver, espera un poco.

Se levantó, tomó su silla y la puso frente a la niña, haciendo las veces de mesa. El abuelo le sirvió allí la leche tibia de la olla y varias rebanadas de pan con queso.

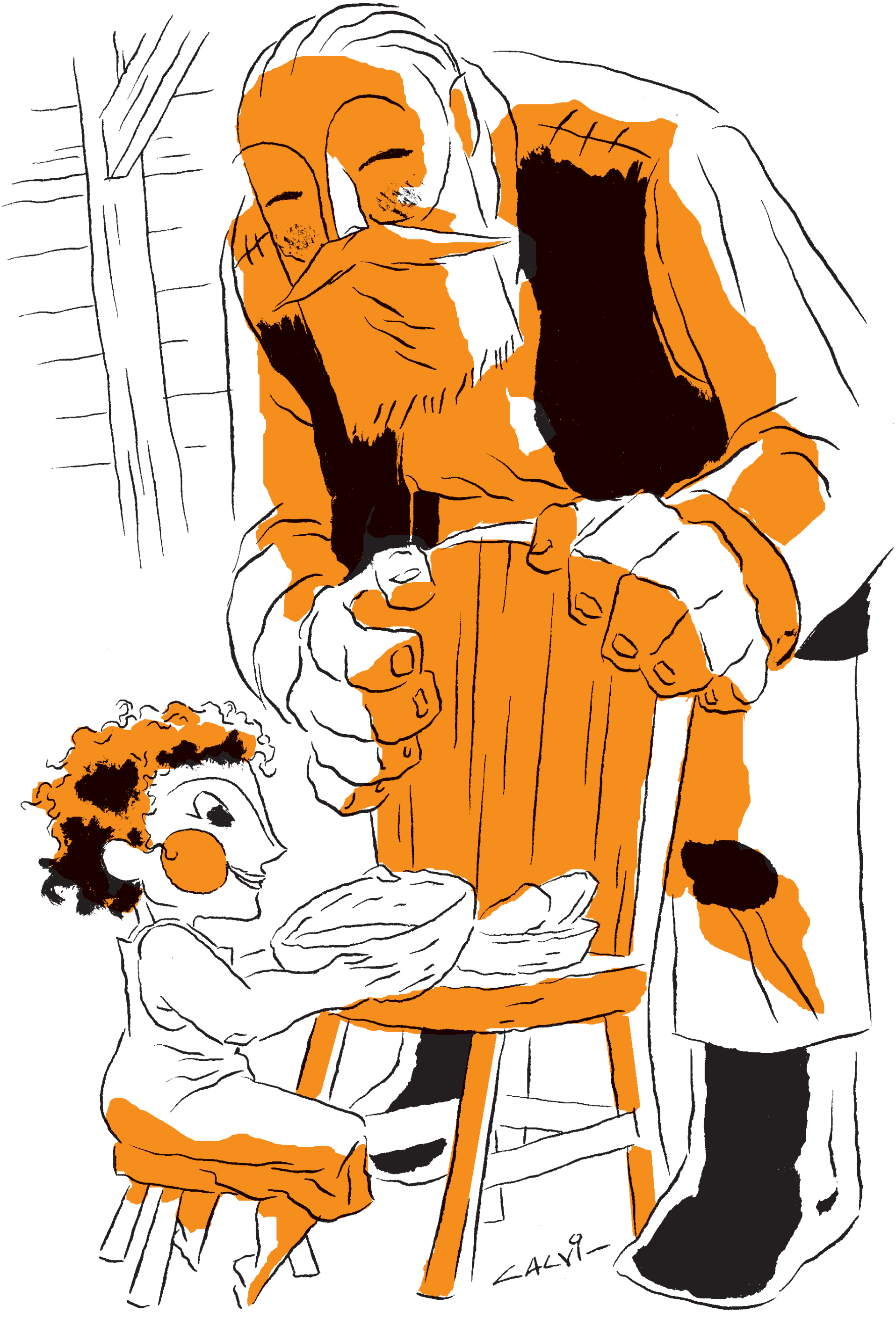
—Ya está. Ahora a comer —dijo, y se sentó en un extremo de la mesa.

Heidi tomó su leche sin respirar, en cinco o seis largos tragos.

—¿Te gusta? —preguntó el abuelo.

—Nunca había tomado una leche tan rica.

El viejo volvió a llenarle la taza hasta el borde. Heidi comió todo con mucho apetito, y cuando terminaron de cenar el abuelo salió para ordenar el establo de las cabras. La niña lo acompañó, observando cómo su abuelo barría y cubría el suelo con paja fresca. Después el viejo se dirigió a un cuartito adosado a la parte posterior de la casa. Era su taller. Allí cortó unas varas de madera, y después una tabla redonda. A la tabla le hizo tres agujeros, introdujo en ellos las varas que había cortado antes, y las aseguró con clavos.


CALVI

—A ver si adivinas qué estoy haciendo —dijo.

—¡Es mi silla! —gritó la niña, asombrada—. ¡Qué rápido la hiciste, abuelo!

Ya estaba cayendo el sol y el viento cantaba más alto su canción entre los pinos. De pronto se oyó un silbido agudo en el sendero. Era Pedro, que volvía con el rebaño, como todas las noches. Heidi corrió a acariciar a sus nuevas y peludas amigas.

Dos lindas cabras, una blanca y otra marrón, salieron del rebaño y fueron a lamer la manos del viejo, llenas de sal.[5] Pedro se despidió y siguió camino rumbo a la aldea.

—¿Son nuestras, abuelo? —preguntó Heidi, llena de entusiasmo por las cabritas—. ¿Duermen en el establo? ¿Van a estar siempre con nosotros?

El abuelo apenas tenía tiempo de responder a la lluvia de preguntas. Cuando los animales terminaron de lamer la sal, el viejo le pidió a la niña que fuera a la casa y trajera su tazón. Heidi fue y volvió enseguida. Entonces el abuelo empezó a ordeñar la cabrita blanca y cuando tuvo el tazón lleno de leche espumosa, le dijo a la niña:

—Esto es para ti; bébelo y ve a acostarte. Yo voy a guardar las cabras en el establo. Buenas noches, Heidi.

—Buenas noches, abuelo. ¿Cómo se llaman las cabras?

—La blanca se llama Nube, y la otra Osito —respondió el abuelo.

—¡Buenas noches, Nube! ¡Buenas noches, Osito! —gritó

5 **Sal:** en algunos lugares, se le da sal al ganado para cubrir los requerimientos de minerales en su alimentación.

Heidi, abrazando a los animales, y después corrió a la casa para acostarse. En un instante se quedó dormida con tanta placidez como si estuviera en la cama de una princesa.

El abuelo no tardó mucho más en acostarse, pues se levantaba todos los días muy temprano, antes de la salida del sol.

Afuera el viento soplaba cada vez con más fuerza y hacía que la cabaña se estremeciera. En medio de la noche el viejo se despertó y pensó que tal vez la niña estuviera asustada. Se levantó y subió por la escalera al entrepiso.

La luna, que brillaba un momento antes, quedó oculta en ese instante por una nube pasajera. Pero enseguida la blanca claridad volvió a entrar por la ventanita y el viejo pudo ver que Heidi dormía profundamente, con una sonrisa de satisfacción.

El anciano contempló a la niña hasta que las nubes volvieron a ocultar la luna. Entonces regresó en silencio a su cama.



Capítulo III
Un día en los Alpes

Los rayos del sol despertaron a Heidi. La niña abrió los ojos, y durante unos instantes le costó recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta ahí. Pero enseguida le llegó la voz profunda de su abuelo, que hablaba con alguien en la puerta de la casa, y todos los sucesos del día anterior acudieron a su memoria.

Heidi saltó de la cama, se vistió y bajó la escalera. Pedro esperaba en la puerta de la cabaña con su rebaño, mientras el abuelo abría el establo para sacar a Nube y a Osito.

Al ver a la niña, el viejo la saludó y le preguntó:

—¿Te gustaría llevar a pastar a las cabras con Pedro?

La respuesta de Heidi fue un grito de alegría.

—Entonces, a lavarse la cara —dijo el abuelo.

Junto al establo había un balde de madera con agua fresca. Heidi se frotó con ella los ojos y las mejillas, mientras el abuelo le entregaba a Pedro un gran trozo de queso y otro de pan para que guardara en su morral.[6]

—Lleva también este tazón —dijo el viejo—, y al mediodía llénalo con leche para ella. La dejo a tu cuidado, así que presta mucha atención, sobre todo en los peñascos.[7]

6 **Morral:** bolso que se lleva colgado a la espalda y sirve para transportar provisiones.
7 **Peñasco:** piedra grande y elevada.

Heidi apareció con la cara colorada de tanto restregarse, y el viejo no pudo evitar una sonrisa.

—Eso sí que es lavarse —dijo—. ¡Y ahora… afuera los dos!

Los niños se pusieron en camino, seguidos por las cabras. Heidi iba adelante, saltando de alegría. El viento había barrido las nubes y el cielo de verano era de un azul deslumbrante.

La niña nunca había imaginado que existieran flores como las que crecían allí, de un perfume tan rico y colores tan vivos. Iba de un lado al otro, corriendo por la pradera y cortando ramos para esparcirlos alrededor de su cama cuando volviera. A cada rato Pedro la perdía de vista y debía llamarla.

Cuando llegaron al lugar al que el muchacho solía llevar las cabras a pacer, dijo:

—Ahora no corras. Hay que tener cuidado.

Era la falda de una barranca[8] muy alta, salpicada por pinos y arbustos, que terminaba en un profundo precipicio.

Pedro se quitó su morral y se acostó a descansar sobre el pasto tibio. Heidi se sentó a su lado y se dedicó a clasificar por color y tamaño las flores que había recogido. Después observó el paisaje que la rodeaba, mientras Pedro se iba quedando dormido, fatigado por la subida.

Abajo se abría el valle, lleno de sol, y a la distancia se elevaban majestuosos picos cubiertos de nieve. Heidi se dejaba bañar por la cálida luz y la brisa perfumada mientras las cabras masticaban entre los arbustos.

De pronto, se oyó un chillido agudo en el cielo. Era un

8 **Barranca:** terreno que baja abruptamente.

águila enorme, que giraba en círculos con las alas desplegadas, soltando graznidos escalofriantes.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Despierta! —gritó Heidi, atemorizada.

Pedro se levantó de un salto. Pero el ave ya se estaba alejando. Volaba cada vez más alto y al final desapareció tras la cumbre de una montaña.

—¿Adónde fue? —preguntó Heidi.

—A su nido —dijo Pedro.

—¿Tan alto? ¡Debe ser hermoso vivir ahí…! ¿Y por qué grita así?

—Porque… tiene que hacerlo —respondió el pastor, no muy seguro.

—¿No podemos subir hasta su nido?

—¡Me gustaría verte! —rio Pedro—. Ni siquiera las cabras pueden trapar tan alto.

Ya era la hora del almuerzo. El chico llamó a las cabras con silbidos y los animales acudieron en grupitos apretados. Heidi se puso a jugar entre ellos mientras Pedro sacaba la comida, extendía su morral en el suelo a modo de mantel y ponía encima el queso y el pan para la niña, y también su propio almuerzo, mucho más escaso. Después tomó el tazón que le había dado el viejo y ordeñó a Nube hasta llenar el recipiente con leche tibia y espumosa.

—¡A comer! —llamó—. ¿Nunca te cansas de saltar?

Heidi se sentó en el pasto.

—¿Esta leche es para mí? —preguntó.

—Sí. Y la porción más grande de pan y queso también.

Heidi bebió su leche con placer y después cortó un gran pedazo de pan con queso y se lo ofreció a Pedro.

—Puedes comer esto también, si quieres. Yo ya tengo mucho.

Pedro la miró asombrado, sin saber cómo reaccionar. Para él la comida nunca era “mucha”: en su estómago siempre había lugar para un poco más. Pero cuando Heidi le puso el pan sobre las rodillas, ya no dudó: se comió todo con gran entusiasmo y sin dejar caer ni una miga.

Después del almuerzo, a pedido de Heidi, Pedro le enseñó los nombres de todas las cabras del rebaño. Heidi no tardó en memorizarlos, y le llamó la atención una cabrita llamada Blancanieves, que balaba en forma lastimera.

—Se queja porque ayer vendieron a Grande en el mercado —le explicó Pedro.

—¿Quién es Grande? —preguntó Heidi.

—Su madre.

—¿Y la abuela dónde está?

—No tiene.

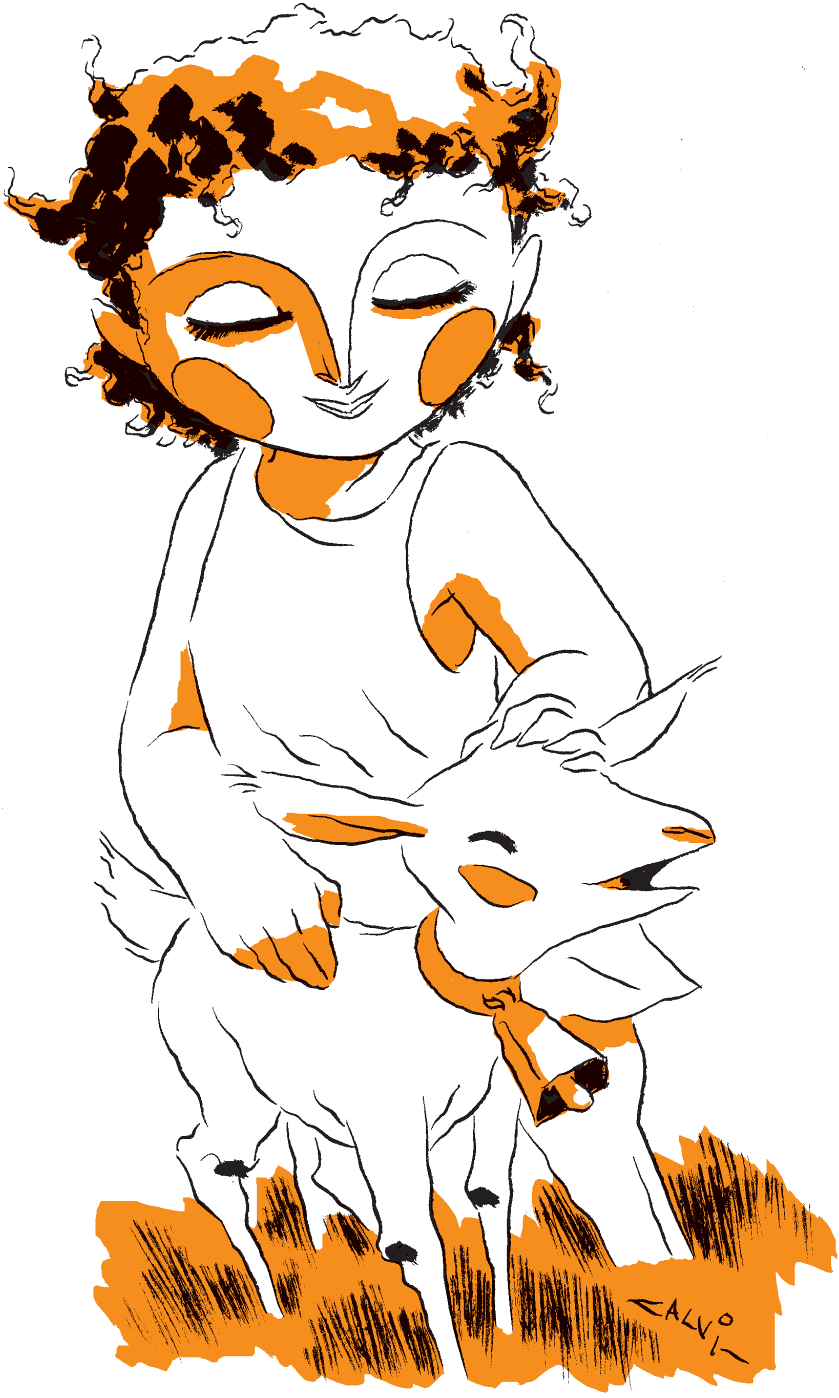
—¿Y el abuelo?

—Tampoco tiene.

—¡Pobre Blancanieves! —exclamó Heidi abrazando al animal—. Pero ahora no llores más, porque yo te voy a acompañar todos los días.

Mientras la niña acariciaba a Blancanieves, otra cabra llamada Golondrina se había apartado del rebaño y corría hacia el borde del barranco.

Pedro salió tras ella, se arrojó al suelo y llegó a agarrarla de una pata. Pero Golondrina era grande y seguía tirando, arrastrando a Pedro con ella hacia el precipicio. Sin perder un segundo, Heidi cortó un ramo de hierbas perfumadas y corrió


CALVO

hasta alcanzar a la cabra. Le puso la hierba cerca del hocico, y de inmediato atrajo su atención.

—No seas tonta, Golondrina —le dijo Heidi—. ¿No ves que te vas a caer y a romper las patas, y eso duele mucho?

Golondrina dejó de forcejear y se puso a seguir a la niña, intentando apoderarse de las hierbas y alejándose así del precipicio.

Cuando la cabra estuvo otra vez con la manada, Pedro la tomó de la soga que tenía alrededor del cogote y alzó su vara en el aire para darle unos azotes. Pero Heidi lo detuvo, tomándolo del brazo con todas sus fuerzas.

—¡No, Pedro! —exclamó—. ¡No le pegues!

—¡Suéltame! —gruñó Pedro—. Se portó mal y se lo merece.

—¡Basta! ¡Te digo que no! ¿No ves que está asustada? —gritó Heidi, roja de furia.

Pedro se asombró de ver a la niña tan enojada. Vaciló unos instantes y al fin se dejó convencer, bajó su vara y soltó a Golondrina.

Mientras tanto, el sol comenzaba a caer. Había alcanzado la línea del horizonte y estaba a punto de ocultarse tras las montañas. El pasto, las rocas y los picos nevados resplandecían con un intenso brillo dorado que encandilaba.

—¡Se está incendiando todo! —exclamó Heidi.

—Siempre es así —respondió Pedro con una sonrisa—. No es fuego.

—¿Y por qué es así?

—Porque… sí.

—¡Mira! ¡Ahora la nieve se puso rosada!

Era un espectáculo emocionante… Y cuando al fin el sol se ocultó tras las montañas y los brillos se apagaron para dejar paso al gris, Heidi suspiró desilusionada.

—No te preocupes, mañana lo verás de nuevo —le dijo Pedro.

—¿De verdad?

—Sí, ya vas a ver. Todos los días es así.

Después emprendieron el regreso en silencio. Al llegar a la cabaña del viejo, Heidi corrió a su encuentro, seguida por Nube y Osito.

—¡Buenas noches! —gritó Pedro, continuando su camino—. ¡Espero que mañana vengas de nuevo conmigo!

—¡Claro! —dijo Heidi, mientras lo saludaba con la mano.

—¿Así que les fue bien? —preguntó el abuelo.

—¡Fue hermoso, abuelo! —exclamó la niña—. ¡Tendrías que haber visto el cielo todo rosado y naranja, y el pasto y la nieve y las montañas todas doradas y rojas, como si estuvieran incendiadas!

El abuelo le pidió que se diera un baño mientras él preparaba la cena. Un rato más tarde Heidi se sentó a la mesa en su nueva silla.

—Abuelo, ¿por qué grita tanto el águila? —preguntó

La explicación de Pedro no le había alcanzado. El abuelo pensó unos instantes y después dijo:

—Se burla de la gente que vive amontonada en las aldeas y las ciudades, apretadas como ovejas y molestándose entre sí.

Heidi meditó la respuesta. Después preguntó:

—¿Y todo ese fuego que aparece antes de que oscurezca? ¿De dónde viene? Pedro no lo sabía.

—Cuando el sol les da las buenas noches a las montañas, derrama sobre ellas sus rayos más hermosos, para que no lo olviden hasta el día siguiente —dijo el abuelo.

Esa explicación a Heidi le gustó mucho, y sintió ganas de que llegara enseguida otro día para ir a las cumbres y ver cómo el sol saludaba a las montañas. Pero ahora era el momento de acostarse. La niña subió a su cama y no tardó en dormirse. Toda la noche soñó con maravillosos picos de nieve rosada, praderas doradas y campos cubiertos de flores, donde la cabrita Blancanieves corría y balaba con despreocupación y alegría.



Capítulo IV
La abuela de Pedro

Día tras día Heidi acompañaba a Pedro al campo. A medida que transcurría el verano, el ejercicio y la vida en la montaña fortalecieron a la niña y le dieron a su piel un tono más oscuro, parecido al de las almendras. Sus días allí eran alegres y libres como los de un pájaro en el bosque.

Después llegó el otoño, y algunas mañanas soplaba un viento tan fuerte que el abuelo no le permitía subir con Pedro a las alturas. Eso apenaba al pastor, que había aprendido a disfrutar mucho la compañía de Heidi.

La niña también adoraba esos paseos, pero siempre encontraba cosas para entretenerse cuando tenía que quedarse en la casa. Le gustaba ver a su abuelo trabajando en el taller, o aprender con él a elaborar el rico queso de cabra que comían cada día.

Cuando el frío se hizo más intenso, Heidi sacó los zapatos y las ropas que había guardado el primer día en el armario. Y una mañana, al despertar, la niña vio que el valle había amanecido cubierto por un extenso manto blanco. Era la primera nevada del invierno. Desde esa mañana, Pedro dejó de subir a la montaña con las cabras.

La nieve continuó cayendo durante días, en copos cada vez más grandes. Heidi miraba nevar por la ventana y pensaba que

la cabaña quedaría sepultada, y que el abuelo tendría que encender una lámpara todo el día para tener luz. Pero antes de que eso pasara la nieve dejó de caer. Entonces el viejo salió con una pala y despejó el camino de entrada, amontonando la nieve a un costado, en pequeñas pilas.

Ese mismo día, después del almuerzo, alguien llamó a la puerta de la cabaña. Era Pedro. Estaba cubierto de nieve de la cabeza a los pies. Hacía una semana que no veía a Heidi y no quería dejar pasar un día más.

—Buenas tardes —dijo, y tomó asiento junto al fuego, contento de volver a ver a su amiga.

—¿Y cómo anda el mundo, capitán? —preguntó el viejo—. Ahora que tu ejército está en el cuartel es momento de empuñar el lápiz, ¿no?

—¿Empuñar el lápiz? —repitió Heidi, intrigada.

—En invierno Pedro tiene que ir a la escuela, donde aprende a leer y a escribir —dijo el abuelo.

Heidi quiso saber enseguida un montón de cosas acerca de la escuela, y abrumó al chico con preguntas que él no siempre alcanzaba a responder.

De esa manera fue pasando la tarde, y cuando comenzó a bajar el sol el viejo invitó a Pedro a cenar con ellos. El pastor aceptó gustoso y comió todo con mucho apetito, incluida la sabrosa carne ahumada que el abuelo sirvió para la ocasión. Hacía mucho tiempo que Pedro no comía tan bien.

—Volveré el domingo que viene —le dijo a Heidi antes de partir—. ¡Ah! A mi abuelita le gustaría conocerte. ¡Adiós!

—¡Nos vemos! —saludó Heidi.

La idea de visitar a alguien era una novedad para la niña, y durante tres o cuatro días le insistió a su abuelo para que la dejara ir a la cabaña del pastor. Pero la nieve aún era demasiado espesa y el abuelo se negaba. Hasta que, una mañana, el sol volvió a brillar en el cielo. Entonces el viejo dijo:

—Iremos hoy.

Salieron juntos de la casa y Heidi se detuvo maravillada a observar los pinos, cuyas ramas cargadas de nieve parecían hechizadas de tan quietas que estaban.

El viejo entró en su taller y salió arrastrando un trineo.[9] Acomodó a Heidi adelante y él se sentó detrás, aferrando a la niña con un brazo. Después dio un empujón con los pies y el trineo comenzó a deslizarse montaña abajo como si tuviera alas. Heidi no paraba de reír. Su cálido aliento en contacto con el aire frío formaba nubecitas de vapor.

Al llegar a la cabaña de Pedro, el viejo dijo:

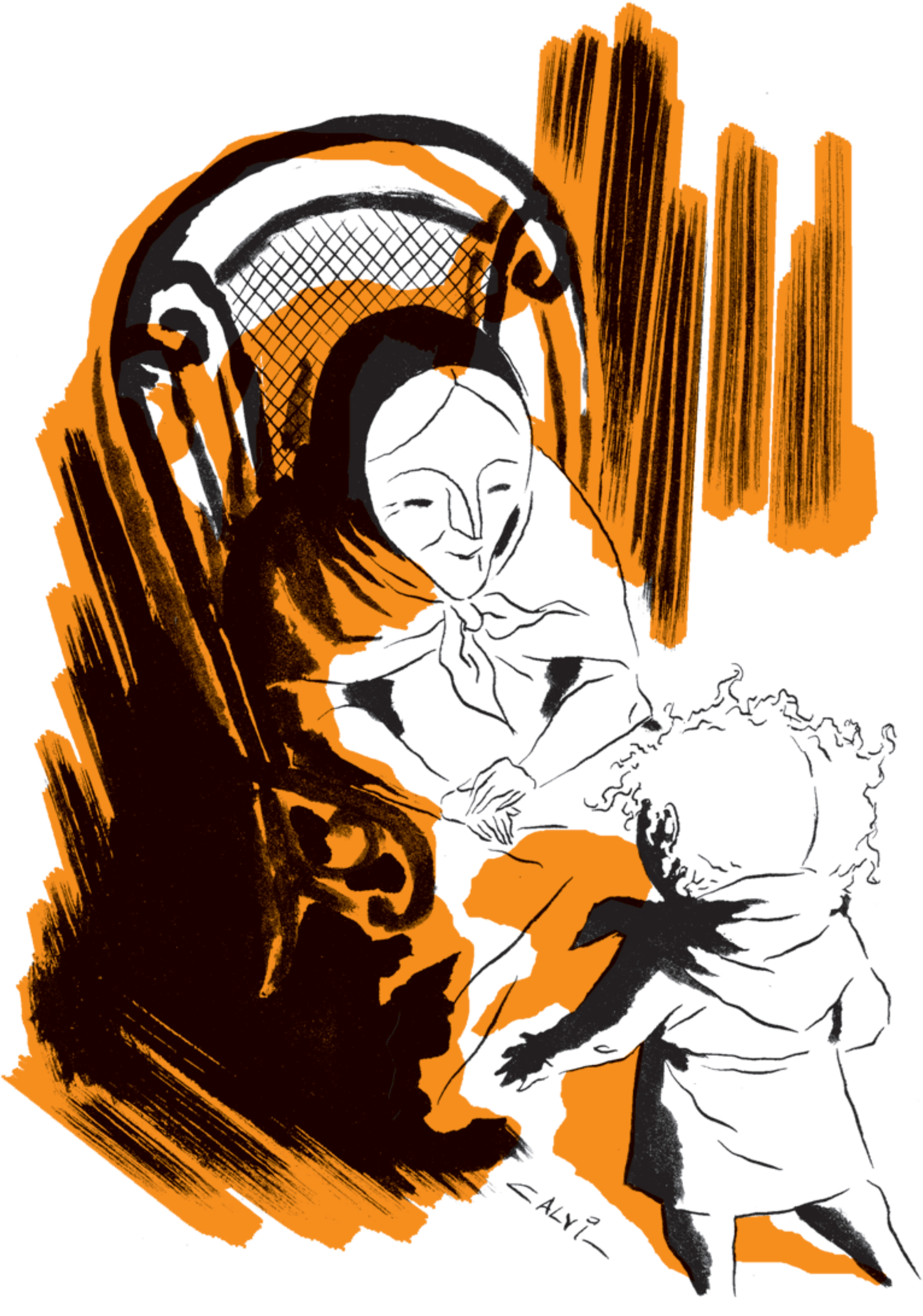
—Cuando empiece a oscurecer debes regresar. Ahora, ¡andando!

Heidi abrió la puerta de la casita, que no se parecía en nada a la de su abuelo. Allí todo era más bajo, estrecho y oscuro. Sentada a la mesa había una mujer remendando un chaleco que la niña reconoció al instante: era el chaleco de Pedro. Y en un rincón del cuarto había una viejita hilando lino. Heidi fue directo hacia ella y dijo:

—Buenos días, abuelita. ¡Por fin pude venir a verla!

Al oír esa voz, la anciana levantó la cabeza y buscó la mano

9 **Trineo:** vehículo que tiene esquíes en lugar de ruedas para desplazarse sobre la nieve o el hielo.


CALVI

de la niña. Cuando la encontró, la acarició unos momentos sin hablar.

—¿Eres Heidi? —dijo al fin—. ¿La pequeña que ahora vive con el viejo de la montaña?

—Sí, soy yo. Mi abuelo me trajo recién en el trineo.

—Entonces era verdad lo que nos contó Pedro —dijo la anciana—. No pensé que durarías ni una semana con él… Brígida, dime cómo es.

La madre de Pedro dejó el chaleco, se acercó a Heidi y la observó.

—Se parece mucho a Adelaida —dijo—. Pero tiene los ojos negros y el pelo enrulado como Tobías y como el viejo cuando era joven. Se parece a los dos.

Heidi no escuchó esa descripción de su persona, porque se había distraído observando todos los detalles del lugar.

—Mire, abuelita —dijo, señalando una ventana—. Ese postigo[10] está suelto y golpea; puede romper el vidrio. Mi abuelo podría arreglarlo con un clavo.

—Yo no puedo ver el postigo, hijita, pero lo escucho —respondió la anciana—. Y no es solamente el postigo… Toda la casa cruje que da miedo y parece que se va a venir abajo en cualquier momento.

—¿Por qué dice que no lo puede ver? ¡Está ahí, justo detrás de usted!

—No, no, hijita; mis ojos son viejos —dijo la anciana suspirando—. Yo ya no veo nada… Estoy ciega.

---

10 **Postigo:** puerta pequeña que hay en la ventana.

Heidi no lo había notado. Su cara se arrugó con una expresión de dolor y no pudo contener las lágrimas.

—¿Pero nadie puede hacer que vuelva a ver? —preguntó entre sollozos.

—Ni la blancura de la nieve puede traer luz a mis ojos, querida. Pero ven, acércate, quiero decirte una cosa. Cuando ya no se puede ver nada, es muy agradable oír palabras amables. Y las tuyas me hacen muy feliz. Vamos, siéntate y cuéntame las cosas que haces en casa de tu abuelo. Hace muchos años lo conocí, pero ya no sé nada de él, salvo lo poquito que me cuenta Pedro.

Heidi se secó las lágrimas.

—¡Tenga paciencia, abuelita! —dijo Heidi, entusiasmada con una súbita idea—. Yo le voy a decir a mi abuelo, y estoy segura de que él le va a devolver la vista y, además, va a arreglar la cabaña para que no haga más ruidos.

La niña siguió hablando de todas las cosas que sabía hacer su abuelo y contándole a la anciana los detalles de su vida en la montaña.

Un rato más tarde llegó Pedro, que sonrió encantado al ver a Heidi. La anciana se sorprendió con la venida de su nieto.

—¡Qué corta se me hizo la tarde con la charla! —comentó—. ¿Cómo te fue en la escuela, Pedro?

—Como siempre —respondió él.

La anciana suspiró y dijo:

—Espero que las cosas cambien un poco ahora que vas a cumplir doce años…

—¿Qué cosas tienen que cambiar, abuelita? —preguntó Heidi.

—Que Pedro aprenda a leer —respondió la anciana—. Por allí, en un estante, tengo un libro lleno de poesías hermosas. Pero hace tanto que no las escucho, que ya las olvidé. Me gustaría que Pedro aprenda a leer para volver a escucharlas…

Brígida, la madre de Pedro, dejó la costura para enceder una lámpara, porque estaba oscureciendo.

—¡Debo irme! —dijo entonces Heidi, poniéndose de pie—. Le prometí al abuelo que volvería a esta hora. ¡Adiós!

La niña se despidió de las mujeres, y Pedro salió con ella para acompañarla. Pero enseguida vieron que el abuelo venía bajando la ladera.

—Me alegra que hayas cumplido tu palabra —dijo el viejo, envolviéndola con una manta que traía bajo el brazo.

Alzó a la pequeña sobre sus hombros, saludaron a Pedro e iniciaron la subida hacia la cabaña. En el camino, Heidi empezó a contarle al viejo todos los detalles de su visita.

—Mañana mismo tenemos que volver con el martillo y los clavos, abuelo. Hay que arreglar los postigos y muchas cosas más.

—¿Pero alguien te pidió que yo vaya? —preguntó el abuelo.

—No —dijo Heidi—. Pero hay cosas rotas, y cuando sopla el viento cruje todo, y la abuelita no puede dormir tranquila. ¡Y además se quedó ciega, abuelo! Yo le dije que le arreglarías los ojos también. ¿Lo harás?

Heidi miró a su abuelo llena de esperanza y de confianza. El viejo guardó silencio unos momentos, y al fin dijo:

—Mañana iremos a ver qué se puede hacer.

La tarde siguiente bajaron otra vez en el trineo, y Heidi corrió hacia el interior de la casa para abrazar a la anciana.

Al rato se oyeron unos fuertes golpes, y las paredes de la cabaña vibraron.

—¡Dios mío! —exclamó la abuela de Pedro—. ¡Ahora sí que la casa se viene abajo!

Pero Heidi la tomó de las manos y le dijo:

—¡No, abuelita, no se asuste! Es mi abuelo, que vino conmigo. Está clavando las paredes para que no crujan más.

La pobre anciana no sabía si creer lo que acababan de decirle.

—¿Escuchaste lo que dice la niña, Brígida? —le preguntó a su hija—. Ella tiene razón… Son golpes de martillo. ¡Ve afuera enseguida! Si de verdad es el viejo de la montaña, pídele que entre aunque sea un momento para que pueda darle las gracias.

La madre de Pedro salió y encontró al viejo muy ocupado, reparando las grietas por donde se colaba el viento.

—Buenas tardes —dijo la mujer tímidamente—. Le estamos muy agradecidos por lo que está haciendo. Mi madre también quiere saludarlo y darle las gracias. Muy pocos habrían sido tan amables con nosotros, y nunca hubiéramos pensado que…

—Basta —la interrumpió el viejo—. Sé perfectamente lo que piensan de mí. Vuelva a su casa. No necesito ayuda para terminar de arreglar esto.

Brígida obedeció al instante. El viejo siguió remendando las paredes, las tablas del techo, los postigos y las ventanas. Cuando terminó, las primeras sombras de la noche se extendían en la montaña y Heidi volvió a reunirse con él en la puerta de la cabaña. El viejo la abrigó y la alzó, y juntos emprendieron el regreso igual que el día anterior.

Así fue pasando el invierno, que había traído una alegría nueva e inesperada a la vida de la anciana ciega, pues en compañía de Heidi sus días ya no eran tan largos y monótonos como antes.

—¡Llegó la pequeña! ¡Gracias a Dios! —exclamaba cada tarde, al oír los pasos de Heidi.

Siempre en silencio y sin intercambiar palabras con las mujeres, el viejo volvió muchas tardes a trabajar allí con sus herramientas, porque el invierno era duro y nunca faltaba algo para reparar. Desde entonces la casa ya no crujía como antes, y la anciana aseguraba que ahora, después de mucho tiempo, por fin había vuelto a dormir tranquila y en paz.



Capítulo V
Visitas inesperadas

Pasaron otros dos inviernos. Heidi estaba por cumplir ocho años. Su abuelo le había enseñado muchas cosas útiles, y ella se había convertido en una pastora tan buena y hábil como Pedro. El maestro de la aldea, a través de Pedro, había enviado dos mensajes al viejo para recordarle que Heidi ya estaba en edad escolar y que debía asistir a la escuela. El viejo le mandó a decir al maestro que, si tenía algo para hablar, se acercara personalmente a la cabaña. Y que, mientras tanto, él no tenía la menor intención de enviar a la niña a la escuela.

El sol de marzo había derretido la nieve y las flores empezaban a abrirse otra vez. Los árboles, libres del peso de la nieve, volvían a agitar con alegría sus grandes ramas. El regreso de la primavera hacía feliz a Heidi.

La pequeña salía a pasear por los alrededores de la cabaña y luego volvía para contarle a su abuelo los cambios que había notado en los brotes de los árboles o los colores que iban adquiriendo las flores.

Una tibia mañana, al salir de la casa, Heidi se topó con una presencia inesperada. Era un hombre mayor, vestido de negro y con expresión muy seria. La niña se asustó un poco, pero el desconocido la tranquilizó enseguida.

—No tengas miedo —dijo con amabilidad—. Tú debes ser Heidi, ¿no? Me gustaría conversar un rato con tu abuelito.

Heidi le indicó el interior de la cabaña, donde el viejo estaba esa mañana tallando unas cucharas de madera. El hombre entró en la casa.

—Buenos días —saludó, al ver al viejo sentado a la mesa.

El abuelo levantó la cabeza.

—Buenos días, señor cura —respondió, sorprendido—. Hace tiempo que no lo veía… Siéntese, por favor.

—Gracias —dijo el cura—. Vengo para charlar sobre un asunto… Tal vez se imagine de qué se trata.

Tras estas palabras el cura echó una mirada a Heidi, que escuchaba muy seria desde la puerta.

—Heidi —dijo el abuelo—, ve a darle un poco de sal a las cabras y quédate con ellas hasta que yo te llame.

Cuando Heidi salió, el cura siguió hablando.

—Como usted sabe, la niña tendría que haber empezado la escuela el año pasado —dijo—. El maestro le ha enviado varios mensajes, pero usted no contesta. Ahora mi deber es preguntarle cuáles son sus intenciones.

—Mi intención es no mandarla a la escuela —respondió el viejo con tranquilidad.

El cura se quedó sin palabras ante una afirmación tan directa y categórica.

—¿Y entonces, qué piensa hacer con ella? —preguntó al fin.

—¿Hacer? Nada. Heidi crece en compañía de las cabras y los pájaros y está muy bien en compañía de esas criaturas, que nunca le enseñarán nada malo.

—¡Pero la niña es un ser humano, no un animal! —exclamó el cura—. Es cierto que así no aprenderá nada malo, pero tampoco apenderá nada bueno. Le pido que reflexione, por favor. Tiene todo el verano para pensarlo. Y el próximo invierno mándela a la escuela.

—No, no lo haré, señor cura —respondió el viejo, hostil.

—¿Usted cree que no hay maneras de obligarlo a entrar en razón? —preguntó el visitante con impaciencia—. Usted ha vivido en el mundo y conoce sus leyes. Creí que al menos conservaría un poco de sentido común.

—¿Y usted supone que en las mañanas heladas de invierno, cuando el viento sopla tan fuerte que ni siquiera yo me animo a salir por temor a quedar sepultado bajo la nieve, me atrevería a mandar a una niña delicada a caminar hasta el pueblo? ¿Dos horas de ida y dos de vuelta, casi de noche? Acá el que no conserva el sentido común es usted, señor cura. Y estoy dispuesto a ir ante la justicia si quiere, a ver si pueden obligarme o no —concluyó el viejo con un temblor en la voz que dejaba entrever su enojo.

El cura adoptó entonces una actitud conciliadora y cambió de tono.

—En eso tiene usted mucha razón… —dijo—. Mientras siga viviendo en este lugar es imposible mandar a la niña a la escuela. Pero se nota que la quiere mucho. Por eso, por el bien de ella y el suyo propio, le pido que baje a la aldea y vuelva a vivir entre nosotros. ¿Qué vida lleva aquí arriba, tan solo? ¿Y si le pasara algo? ¿A quién va a pedirle ayuda? Además, no entiendo cómo la niña y usted no se congelaron en esta cabaña.

—La niña está muy sana y bien abrigada, no se preocupe por eso. Tenemos leña más que suficiente. En cuanto a su pedido de volver a Dorfli, le ruego que no pierda el tiempo. Los aldeanos me desprecian, y yo a ellos. Así estamos bien.

—No, así no se está bien —repuso el sacerdote, poniéndose de pie para retirarse—. Usted debe rezar y hacer las paces con Dios y con los seres humanos, y verá que sus semejantes lo tratan de otro modo. Ahora deme la mano y prométame que el invierno que viene volverá a vivir en la aldea y la niña podrá ir a la escuela.

El viejo también se puso de pie y le tendió la mano al cura.

—Sé que usted es sincero y bienintencionado —dijo—. Pero le repito que no mandaré a la niña a la escuela ni volveré a vivir en la aldea. Buenos días.

—Buenos días. Y que Dios se apiade de usted —contestó el cura con tristeza, y se marchó.

El viejo permaneció callado mucho rato. Aquella visita lo había puesto de muy mal humor. Heidi lo notó y no preguntó nada. Después del almuerzo, la niña se ocupó de lavar y ordenar la vajilla. Estaba en eso, cuando una nueva visita apareció en la puerta de la cabaña. Esta vez se trataba de una joven elegantemente vestida, con una pluma en el sombrero y una agradable sonrisa en la cara. Era Dete.

El viejo no respondió a su saludo, pero Dete se había propuesto no hacer caso a su antipatía. Al contrario, comenzó a hablar de lo bien que se la veía a Heidi y de cómo se notaba que había estado muy bien cuidada. De ese modo se abrió camino para hablar del asunto que la había llevado hasta allí.


CALVI

—Sé que criar a una niña no es fácil, señor —dijo—. Y aunque se ve que lo ha hecho bien, imagino que seguramente es una carga para usted. Cuando la traje, yo no tenía otra opción, pero siempre pensé en encontrar la manera de aliviarlo de la responsabilidad cuanto antes. Y ese día ha llegado.

Heidi y el viejo la escuchaban en silencio. Dete contó que sus patrones eran amigos de un señor muy rico llamado Sesemann, que vivía en una de las mansiones más lindas de Fráncfort, a solas con su hija discapacitada, los sirvientes y el ama de llaves. Como la niña no podía jugar con otros chicos, pasaba muchas horas aburrida, encerrada en su hogar, sentada en una silla de ruedas, sin amigos para distraerse o compartir los estudios. Ahora, ese rico señor buscaba una niña buena y educada que pudiera vivir con ellos y hacerle compañía a su hija. Dete se había puesto en contacto con él y le había hablado de Heidi.

—¡Es una oportunidad maravillosa! —le dijo Dete a Heidi—. Si vas a vivir con ellos seguramente te tomarán mucho afecto y con el tiempo serás como otro miembro de la familia. Además, la chiquita discapacitada es muy débil… Si un día le pasa algo, el señor no querrá perder a otra hija, y nunca se sabe lo que puede…

—¿Terminaste? —la interrumpió el viejo, que hasta entonces la había dejado hablar sin intervenir.

Dete lo miró y alzó las cejas, ofendida.

—¿Por qué me habla así? —preguntó—. No creo que en toda la zona haya alguien que no se alegre de recibir una noticia como esta.

—Entonces llévale la noticia a quien sepa apreciarla —respondió el viejo sin dejar de mirarla a los ojos.

Al oír estas palabras, Dete perdió la compostura y sus intenciones diplomáticas.

—¡Muy bien! —gritó—. Si usted se pone así, va a tener que oír algunas cosas desagradabes. ¿O cree que no sé que Heidi ya tiene ocho años y no sabe nada de nada y usted le impide ir al colegio y a la iglesia? Lo sé perfectamente, porque me lo contaron en el pueblo. Pero esta niña es la única hija de mi pobre hermana, y yo soy responsable por ella, no lo olvide. ¡Así que no cederé, y voy a ir a la justicia si hace falta! Pero le advierto que todo el pueblo está de mi parte y que, si usted quiere llevar el asunto a los tribunales, saldrán a relucir asuntos que no le gustará desenterrar…

—¡Basta! —gritó el viejo, golpeando la mesa con el puño y fulminando a Dete con la mirada—. ¡Llévate a la niña! ¡Arruínala! ¡Pero no te atrevas a traerla de nuevo nunca más!

Y luego de decir esto, se puso de pie y salió de la cabaña.

—¡Hiciste enojar al abuelo! —le gritó Heidi a su tía, enojada.

—Ya se le pasará —respondió Dete—. Busca tu ropa y vamos.

—¡Yo no me voy!

—¿Qué dijiste? —exclamó Dete, furiosa. Luego hizo un esfuerzo para controlarse y cambió de tono—. Vamos, Heidi, no seas tonta. ¿No te das cuenta de que es por tu bien? Es una oportunidad única.

—¡No quiero ir! —respondió Heidi.

—No seas testaruda… ¡pareces una cabra! ¿No oíste lo que dijo el abuelo? Está enojado y no nos quiere volver a ver, así que mejor no lo contradigas. Además, ni te imaginas lo linda que es

Fráncfort y todas las cosas hermosas que hay allí. Si después no te gusta, puedes volver. Seguro que entonces el abuelo ya va a estar otra vez de buen humor.

—¿Puedo volver cuando quiera? ¿Esta misma noche?

—¡Vamos, rápido! Sí, ya te lo dije, puedes volver cuando quieras.

Dete cargó el atado de ropa de Heidi, después tomo a la niña de la mano, salieron de la casa y empezaron a bajar por el camino. En ese momento, Pedro volvía del monte con una pila de ramas al hombro.

—¿Adónde vas? —le preguntó a Heidi.

—Tengo que ir a Fráncfort con tía Dete —dijo Heidi—. Pero antes voy a saludar a tu abuelita, que me está esperando.

—No, no tenemos tiempo, Heidi —intervino Dete, sin soltar a la niña de la mano—. Ya la verás a la vuelta.

La joven tironeó a Heidi de la mano, arrastrándola detrás de ella.

Pedro corrió a su casa enfurecido y arrojó la leña sobre la mesa con tanta violencia que la abuela se levantó asustada.

—¿Qué te pasa, Pedro? —preguntó.

—¡Se llevan a Heidi!

—¿Quién se la lleva? ¿Adónde?

Ella sospechaba lo que ocurría, porque su hija Brígida le había contado que había visto a Dete subiendo hacia la montaña. Entonces la anciana abrió la ventana y gritó:

—¡Dete! ¡Dete! ¡No te lleves a la niña! ¡No te la lleves!

Dete oyó perfectamente los gritos de la mujer, pero apuró el paso.

—¡La abuelita me llama! —dijo Heidi, tratando de zafarse de la mano de su tía—. ¡Suéltame! ¡Quiero ir a verla!

—Ahora no, Heidi. Vas a ver que Fráncfort es tan linda que nunca más vas a querer irte. Pero si en una de esas te dan ganas de volver, allá vas a poder comprarle a la abuelita algún hermoso regalo.

Este último argumento animó mucho a Heidi, y dejó de forcejear.

—¿Y qué le puedo traer? —preguntó.

—Pensemos… —dijo Dete—. Por ejemplo, algunas masitas blandas y ricas. Estoy segura de que eso le gustaría mucho, porque me imagino que le cuesta masticar el pan casero.

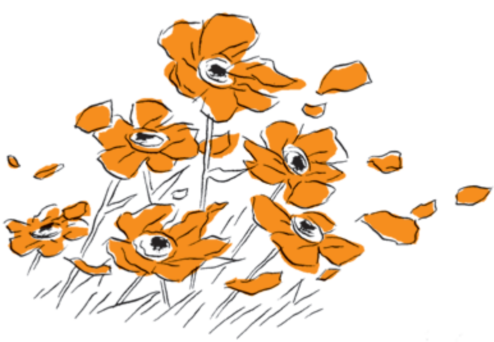
—¡Qué buena idea! Es verdad, ella siempre le da el pan a Pedro porque dice que es muy duro para ella. ¡Apurémonos, tía Dete! ¡Quiero volver mañana mismo con las masitas para la abuela!

Así siguieron bajando por el camino, y ahora era la niña la que iba tan rápido que a Dete le costaba seguirla.

Desde ese día, cada vez que el viejo de la montaña bajaba a la aldea de Dorfli a vender sus quesos o a comprar alguna provisión, la gente lo notaba más huraño y envejecido que nunca. La mayoría opinaba que era una suerte que le hubiesen quitado a la niña, y casi todos pensaban que Heidi deseaba abandonarlo.

Solo la pobre abuela de Pedro defendía al viejo. Cuando alguien le llevaba lino para hilar, ella le contaba lo bueno que el viejo había sido con la niña, y cómo había reparado su destartalada cabaña. Por supuesto, esos comentarios llegaron a la

aldea. Pero nadie les prestó mucha atención. Decían que la abuela era muy vieja para comprender bien, y que además estaba ciega y medio sorda, y que debía haberse imaginado todas esas cosas.



Capítulo VI
Más novedades

En la mansión del señor Sesemann, en Fráncfort, Clara estaba sentada en su silla de ruedas mirando el gran reloj de la biblioteca. La niña era rubia, de rostro delgado y piel muy blanca. Sus bondadosos ojos azules no se apartaban de las agujas del reloj, pues aquel día se sentía inquieta.

—¿Todavía no es la hora, señorita Rottenmeier? —preguntó.

Desde la muerte de la madre de Clara, la señorita Rottenmeier estaba a cargo del manejo de la mansión. Era una mujer alta, de porte solemne, siempre impecable en su almidonada ropa gris. El padre de Clara le había otorgado plenos poderes en los asuntos domésticos, con la condición de que jamás dejara de satisfacer los deseos de su hija.

Apenas Clara terminó de hacer la pregunta, sonó la campanilla en la puerta de entrada. Sebastián, el mayordomo de grandes ojos brillantes, acudió a abrir. Afuera estaba Dete, acompañada por Heidi.

—¿Qué desea? —preguntó Sebastián.

—Me gustaría ver a la señorita Rottenmeier —anunció Dete.

—Ese no es mi asunto. Haga sonar esa otra campanilla y hable con Tinette, la mucama —respondió el mayordomo, volviendo a cerrar la puerta.

Dete hizo lo que le habían indicado, y poco después se presentó la mucama, que al parecer no estaba de muy buen humor.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La tía de Heidi volvió a explicar los motivos de la visita. Después de escucharla, Tinette cerró la puerta y desapareció sin más explicaciones. Pero al cabo de un momento regresó y dijo:

—Síganme.

Dete tomó a Heidi de la mano y siguieron a la mucama por una larga escalera, hasta llegar a la puerta de un salón grande y silencioso. Era la biblioteca. Allí estaban Clara y la señorita Rottenmeier, el ama de llaves, que enseguida se levantó de su asiento y se acercó a las recién llegadas. Quería examinar de cerca a la nueva compañera de Clara.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, después de observarla unos instantes.

—Heidi

—¿Heidi? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es el mío —repuso la niña.

A la señorita Rottenmeier no le gustó esa respuesta y miró a Dete con desaprobación. Dete se apresuró a explicarle que era la primera vez que Heidi estaba en una casa tan hermosa, y que sus modales tal vez eran un poco rústicos, pero que sin duda aprendería muy pronto a comportarse. Además le explicó que su nombre original no era Heidi sino Adelaida.[11]

11 **Adelaida:** en alemán, este nombre se escribe Adelheid; de ahí el sobrenombre de la protagonista.

—Bueno —murmuró la señorita Rottenmeier—, ese es un nombre más razonable. Pero me parece que es demasiado pequeña. La señorita Clara ya tiene doce años y necesita una compañera que pueda compartir estudios y entretenimientos acordes con su edad. ¿Cuántos años tienes, niña?

—Es algo menor —intervino rápidamente Dete—. No lo sé exactamente, pero debe tener alrededor de diez años.

—Tengo ocho, tía Dete —dijo Heidi—. Eso fue lo que dijo el abuelo.

—¡Cómo! ¿Solo ocho años? —exclamó la señorita Rottenmeier—. ¡Cuatro años menos! A ver, cuéntame qué libros has leído, Adelaida.

—Ninguno —contestó Heidi.

—¡¿Ninguno?! —el asombro del ama de llaves llegó al límite—. ¿Es decir que no sabes leer?

—No, no sé leer. Y Pedro tampoco sabe —respondió Heidi.

—¡Dios santo! ¿De verdad no sabes leer? ¿Y qué has aprendido, entonces?

—Nada —dijo Heidi tranquilamente.

La señorita Rottenmeier hizo una pausa y trató de serenarse. Luego le dirigió una mirada helada a Dete.

—Jovencita —dijo—, esto no tiene nada que ver con lo que habíamos conversado. ¿Cómo me trae una niña así?

Pero Dete no se dejó intimidar.

—Si me lo permite —dijo—, quiero decirle que mi sobrina es la clase de niña que usted buscaba. Es cierto que es algo menor que la señorita Clara, pero ya verá que es una niña buena, obediente e inteligente. Y ahora debo regresar a mi trabajo.

Con su permiso, volveré en unos días para ver cómo va todo.

Y tras hacer una ligera reverencia, Dete salió por la puerta y bajó las escaleras a toda velocidad. Cuando la señorita Rottenmeier reaccionó, la tía de Heidi ya se había esfumado.

En todo ese tiempo Clara había permanecido silenciosa, observando a Heidi desde su silla de ruedas. Cuando el ama de llaves salió del cuarto, Clara le pidió a la recién llegada que se acercara.

—Mi nombre es Heidi y nada más —aclaró la niña, aproximándose.

—Entonces te voy a llamar siempre así —dijo Clara—. Es un nombre muy lindo, y además muy original. Yo nunca lo había oído. Y tampoco había visto a ninguna chica con el pelo tan corto y enrulado. ¿Siempre lo tuviste así?

—Sí —respondió Heidi.

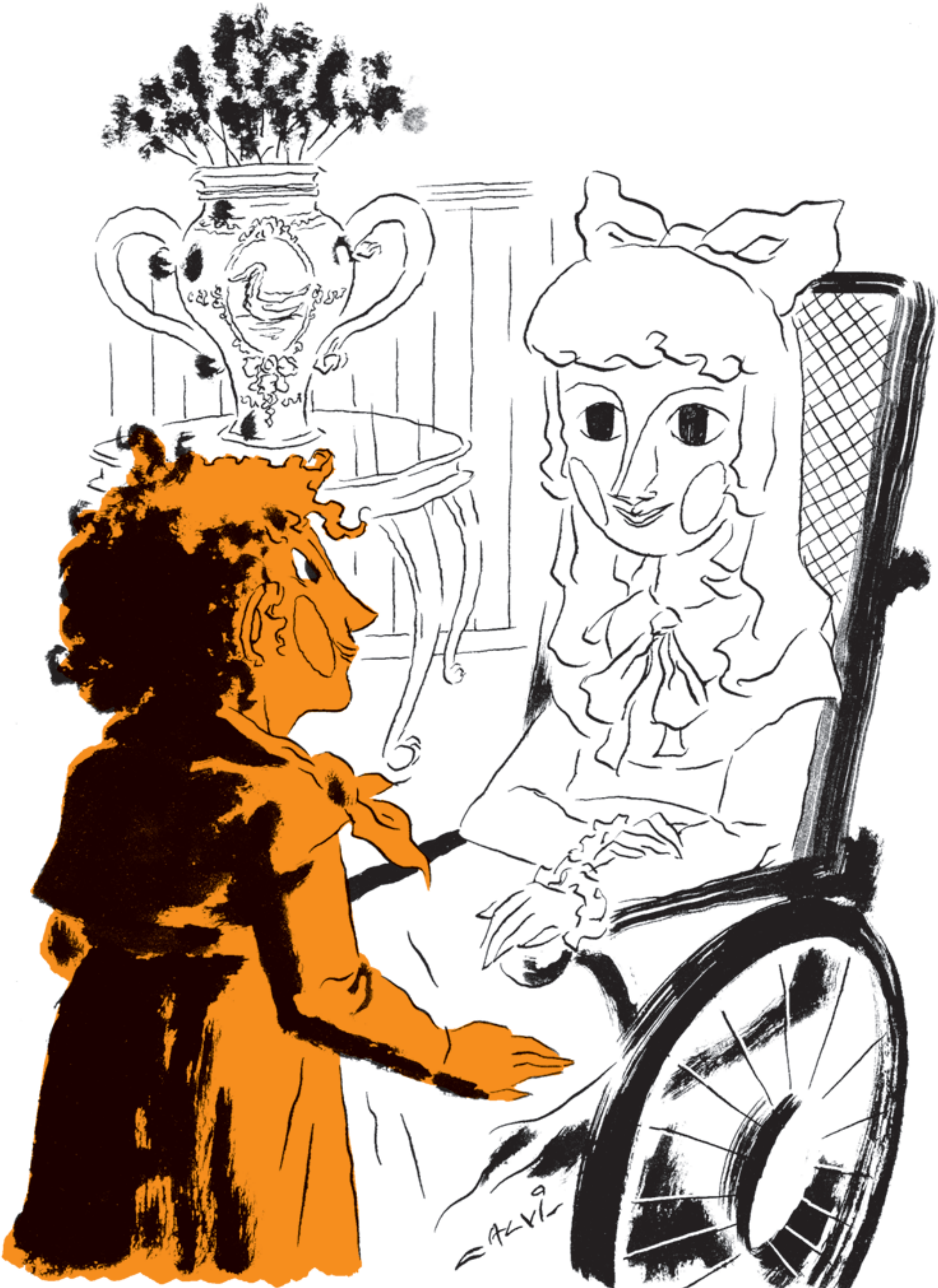
—¿Y estás contenta de haber venido a Fráncfort?

—No. Igual mañana volveré a casa y le llevaré masas a la abuelita —explicó Heidi.

—¿Pero no sabes que te trajeron a Fráncfort para que vivas conmigo y estudiemos juntas? —dijo Clara—. El maestro viene todas las mañanas, desde las diez hasta las dos. Son muchas horas y casi siempre me parece que no pasan nunca. Pero juntas nos vamos a divertir. ¡Y además vas a apender a leer!

Heidi sacudió negativamente la cabeza cuando oyó lo de aprender a leer.

—Pero Heidi, debes aprender —dijo Clara—. Al principio va a ser difícil, pero el maestro es muy paciente y vas a ver que con el tiempo te va a gustar.



En ese momento, la señorita Rottenmeier volvió a entrar a la biblioteca. Se la veía agitada y de pésimo humor porque no había podido alcanzar a Dete. Enseguida llamó a Sebastián y le ordenó que pusiera la mesa para la cena. El mayordomo, ofendido por el tono con el que le habló el ama de llaves, demostró su enojo abriendo las puertas del comedor con el mayor ruido posible. Después volvió al estudio para llevar a Clara hasta la mesa.

Heidi no le quitaba los ojos de encima al mayordomo. Este advirtió la insistente mirada de la niña y aprovechó una distracción de la señorita Rottenmeier para preguntarle en voz baja qué le llamaba tanto la atención.

—¡Te pareces a Pedro! —dijo Heidi.

El ama de llaves oyó las palabras de la niña.

—¿Es posible? —exclamó horrorizada—. ¡Está tuteando a los criados! A esta niña le falta aprender todos los modales.

El ama de llaves le indicó a Heidi dónde sentarse, y así comenzó la aburrida y ceremoniosa cena. Nadie más que Heidi, Clara y la señorita Rottenmeier comía en aquella mesa. Sebastián permanecía todo el tiempo de pie, para servir y retirar los platos.

Heidi vio que junto a su impecable servilleta había un pancito blanco y tierno. Cuando el mayordomo se inclinó para servirle agua, la niña señaló el pan y le preguntó:

—¿Es para mí?

Sebastián asintió con un movimiento de cabeza. Heidi estiró la mano y se guardó el pancito en el bolsillo. El mayordomo apenas pudo contener una sonrisa, pero siguió mudo e inmóvil

junto a Heidi, porque no tenía permiso para hablar. Eran las reglas de la etiqueta.[12]

Al fin, Heidi observó la fuente con pescado y le preguntó:

—¿Tengo que comer eso?

Sebastián hizo un gesto afirmativo.

—Y bueno… entonces, dame —dijo la niña.

A Sebastián ya le costaba mucho no largarse a reír, y la fuente empezó a temblar en sus manos.

—¡Puede dejar la fuente sobre la mesa, Sebastián! —ordenó la señorita Rottenmeier—. ¡Ya lo llamaré cuando lo necesite!

El mayordomo abandonó el comedor y el ama de llaves miró a Heidi.

—Es evidente que debes aprender algunas cosas cuanto antes, Adelaida —le dijo—. Además debe quedar clarito que en la mesa no se conversa con Sebastián, a menos que sea indispensable. Y siempre lo tratarás de "usted", lo mismo que a Tinette. A mí debes llamarme señorita Rottenmeier. Y en cuánto a la manera de dirigirte a Clara, ella te dirá lo que prefiere.

—A mí puedes llamarme Clara, simplemente —dijo la pequeña.

Después, la señorita Rottenmeier enumeró un montón de reglas de conducta que Heidi debía respetar desde ese momento, bajo pena de recibir un castigo. Al parecer había reglas para todo. Para levantarse de la cama, para acostarse, para salir de una habitación, para abrir una puerta, para cerrar una ventana, para lavarse la cara, para doblar la ropa…

---

12 **Etiqueta:** modos formales de actuar, que se diferencian del trato de confianza o familiar.

La voz monótona del ama de llaves se deslizaba por los oídos de Heidi, hasta que la niña, agotada por el viaje y los sucesos del día, terminó por dormirse contra el resplado alto y duro de la silla.

—Espero que hayas entendido bien y que recuerdes estas reglas de hoy en adelante —concluyó la señorita Rottenmeier.

Pero no hubo respuesta.

—Heidi se durmió hace rato —dijo Clara sonriendo.

Hacía mucho tiempo que la cena no la divertía tanto.

—¡Dios santo! —exclamó la mujer, furiosa—. ¡No sé qué vamos a hacer con esta niña!

Agitó la campanilla con tanta violencia que Sebastián y Tinette acudieron al instante, creyendo que había sucedido algo grave. Pero, a pesar del ruido, Heidi siguió plácida y profundamente dormida, y tuvieron que llevarla a la cama entre todos.



Capítulo VII
Un día agitado para la señorita Rottenmeier

A la mañana siguiente Heidi se despertó muy temprano. Abrió los ojos y vio una habitación amplia, oscura y silenciosa, de techo alto y largas cortinas. Entonces recordó que estaba en Fráncfort, y en un instante saltó de la cama. Se acercó a una ventana para abrirla, pero los postigos eran demasiado pesados para ella. Como un pajarito encerrado en una jaula de oro, que quiere atravesar los barrotes volando de un lado al otro, así iba Heidi de una ventana a la otra intentando abrirlas para ver el sol y el cielo y sentir el aire fresco en la cara. Pero aunque tiró y golpeó, no consiguió abrir las ventanas. Entonces se subió una a silla y espió entre las rendijas de los postigos. Lo único que vio fueron más paredes y ventanas, ventanas y paredes.

En ese momento golpearon a la puerta y Tinette asomó su cara amargada.

—El desayuno está servido —dijo.

Heidi bajó al comedor. El desayuno transcurrió sin dificultades y, al terminar, la señorita Rottenmeier le ordenó a Heidi que fuera con Clara hasta el estudio, para esperar al maestro.

Cuando las niñas se quedaron solas, Heidi señaló la ventana y preguntó:

—¿Cómo puedo ver el cielo?

—Tienes que abrir y asomarte —contestó Clara, extrañada por la pregunta.

—Pero estas ventanas no se abren.

—Sí se abren —dijo Clara—. Solo que eres demasiado pequeña, y yo no te puedo ayudar. Pero si llamas a Sebastián, él lo hará.

Heidi sintió una gran alivio al oír esa noticia. Poco a poco comenzó a charlar con Clara, y respondió a todas las preguntas de la niña. Le habló del abuelo, de las cabras, de Pedro y de todo lo relacionado con la vida en los Alpes.

Mientras tanto el maestro había llegado, y la señorita Rottenmeier lo llevó al comedor para informarle las novedades y ponerlo al tanto de sus temores.

Le explicó la clase de niña que había resultado la nueva compañera de Clara, y cómo, evidentemente, lo único que haría sería retrasar a la hija de señor Sesemann y traer nuevos problemas en lugar de solucionarlos.

Pero el maestro era un hombre reflexivo y le disgustaban los juicios apresurados. Le pidió a la señorita Rottenmeier que tuviera un poco de paciencia y que lo dejara conocer a Heidi y estudiar la situación. Explicó que tal vez la niña estuviera atrasada en algunos aspectos pero adelantada en otros, y que además había que darle tiempo para adaptarse.

Viendo que no lograría convencerlo con facilidad, la mujer condujo al maestro a la biblioteca y enseguida se retiró, pues ella se aburría mucho durante las horas de estudio. Pero al ratito oyó un estrépito en la biblioteca y se dirigió enseguida hacia allí. El espectáculo que vio la dejó helada.

Había lápices, libros y cuadernos desparramados por el suelo. Del tintero volcado manaba un oscuro río de tinta. El mantel también se había caído. Y a Heidi no se le veía por ningún lado.

—¡Por Dios! —exclamó la mujer entrelazando las manos—. ¿Qué pasó? ¡Seguro que fue esa niña otra vez!

El maestro contemplaba todo con seriedad, sin despegar los labios. A Clara, en cambio, le brillaban los ojitos y parecía disfrutar bastante de la novedosa situación.

—Sí, fue Heidi —dijo la niña—. Pero lo hizo sin querer. No debe castigarla, señorita Rottenmeier. Oyó unos carros que pasaban por la calle, quiso verlos y salió corriendo tan rápido que enganchó el mantel y se vino todo al suelo.

La señorita Rottenmeier miró al maestro y dijo:

—¿Ahora comprende lo que le decía?

Luego bajó corriendo las escaleras y encontró a Heidi en la puerta de la casa, mirando hacia la calle.

—¿Qué estás haciendo acá? ¿Qué te pasa? —le gritó—. ¿Cómo te atreves a dejar así la lección?

—Oí el rumor del viento en los pinos —respondió la niña, que había confundido el ruido distante de los carros con el de los árboles—. Pero no los veo por ninguna parte, y ahora ya no los oigo más.

—¡¿Pinos?! ¿De qué estás hablando? ¿Crees que estás en el bosque? ¡Te vas para arriba ya mismo!

La señorita Rottenmeier volvió a la sala de estudio seguida por Heidi. La niña se sorprendió mucho al ver el desorden que había provocado sin darse cuenta.

—Que nunca vuelva a pasar algo así —dijo severamente la

señorita Rottenmeier—. Durante las lecciones te vas a quedar quietita, escuchando al maestro. Si no, voy a tener que atarte a la silla. ¿Entendido?

Heidi asintió con la cabeza, mientras Sebastián y Tinette se ponían a ordenar el salón. Por esa mañana, las clases quedaban suspendidas.

Después del almuerzo, el ama de llaves dio permiso a Heidi para hacer lo que quisiera, pues durante dos horas Clara se acostaba a descansar.

Entonces Heidi se propuso cumplir un plan que había dejado pendiente. Para eso se ubicó en medio del largo pasillo y, cuando oyó que se acercaba Sebastián, se puso delante de él. Los dos se miraron en silencio unos instantes, hasta que el criado preguntó:

—¿Qué desea, señorita?

—¿Por qué me dice "señorita"? Mi nombre es Heidi.

—La señorita Rottenmeier desea que la llamemos así.

—Bueno… entonces no queda otra —dijo Heidi, levantando los hombros.

Sebastián sonrió.

—¿Cómo se abre una ventana, Sebastián? —preguntó la niña.

—¿Cómo? Es bastante fácil —dijo el mayordomo, abriendo de par en par una de las ventanas del comedor.

Heidi se acercó y se puso en puntas de pie, pero la ventana era demasiado alta para ella. Entonces Sebastián le arrimó un banquito, y la niña pudo asomarse hacia abajo.

—No hay nada más que una calle con adoquines —dijo la niña, tristemente—. ¿Detrás de esas casas qué se ve, Sebastián?

—Lo mismo. Más casas.

—¿Pero adónde hay que ir para ver hasta muy lejos, hasta el fin del campo?

—Supongo que para eso tendría que subir a una torre muy alta… Por ejemplo, el campanario de aquella iglesia con la cúpula dorada. Creo que desde allí tendría una vista muy linda.

Heidi bajó las escaleras corriendo y en un instante salió a la calle. Enseguida descubrió que las cosas no eran tan sencillas, porque desde allí abajo ya no se veía la iglesia. Caminó hasta la esquina, pero la cúpula dorada no aparecía por ningún lado. Entonces buscó a su alrededor alguna cara que le inspirara confianza, para pedir que le indicaran cómo llegar hasta la iglesia. Pasaba mucha gente, pero todos parecían tan apurados que no se atrevía a hablarles. Al fin vio a un joven parado en una esquina. Heidi corrió hacia él y le preguntó:

—¿Podría decirme dónde queda la iglesia con la cúpula dorada?

—No lo sé —respondió el joven, que cargaba un organito en la espalda.

—¿Y no conoce otra iglesia que tenga una torre alta?

—Sí, conozco una.

—Entonces venga y muéstreme dónde está, por favor.

—Primero muéstrame qué me darás si te acompaño —dijo el muchacho, y extendió la mano abierta.

Heidi buscó en sus bolsillos y sacó una pequeña postal que representaba una corona de rosas. La observó un momento,

porque le dolía desprenderse de ella. Se la había regalado Clara esa misma mañana. ¡Pero a cambio de ella podría ver de nuevo el valle y las verdes laderas de las montañas!

—Toma —dijo Heidi.

El muchacho se negó a agarrar la postal.

—¿Qué quieres, entonces? —preguntó la niña.

—¡Dinero, por supuesto!

—Yo no tengo dinero. Pero estoy segura de que Clara me lo dará. ¿Cuánto quieres?

—Cuarenta centavos.

—Está bien. Vamos.

Caminaron juntos por una calle larga y de pronto se detuvieron ante la escalinata de entrada de una iglesia.

—Es aquí —dijo el muchacho.

Heidi alzó la cabeza y vio que la torre era alta e imponente. Pero después notó que la puerta de entrada estaba cerrada.

—¿Cómo hago para entrar? —preguntó.

—No sé —respondió su guía.

Había una campanilla junto al portón, y Heidi se puso a tirar de ella con todas sus fuerzas. Mientras esperaba que le abrieran, le dijo al joven:

—Esperarme aquí, por favor, porque si no me voy a perder. No sé cómo volver.

—¿Y qué me darás?

—¿Qué quieres?

—Otros cuarenta centavos.

—Bueno —aceptó Heidi.

En ese momento crujieron los goznes,[13] el portón se abrió y apareció un anciano vestido con una toga[14] oscura. No parecía estar de muy buen humor ni dispuesto a abrirle a nadie, pero la insistencia y el entusiasmo de la niña eran tan grandes que al fin la dejó pasar.

Subieron despacio por una larga escalera de caracol, cada vez más y más alto, hasta que llegaron al campanario. Entonces el sacristán[15] alzó a la niña para que pudiera mirar a través de la ventanita.

Heidi vio los innumerables techos, terrazas y chimeneas de la ciudad, pero ningún campo, valle o pico nevado.

Enseguida, desilusionada, se deslizó por los brazos del anciano.

—No es lo que yo creía —dijo.

—Es todo lo que se puede ver, hija —dijo el sacristán.

Volvieron a bajar. A mitad de camino, en uno de los rellanos,[16] había una canasta, y junto a ella un animal que Heidi jamás había visto en su vida. Era una gata que el anciano tenía para espantar a los ratones.

La niña se detuvo y la observó con gran asombro.

—Acércate —dijo el sacristán—. Acaba de tener cría. Están en la canasta.

Heidi soltó un grito de admiración al ver a los siete u ocho gatitos que maullaban y jugaban entre sí, unos sobre otros.

---

13 **Gozne:** bisagra metálica que permite abrir y cerrar puertas y ventanas.
14 **Toga:** traje exterior que se utiliza por encima del traje ordinario.
15 **Sacristán:** persona encargada de ayudar al sacerdote durante la misa y que también se ocupa de la limpieza de la iglesia.
16 **Rellano:** parte horizontal en que termina cada tramo de la escalera.


CALVI

—¡Son hermosos! —exclamó

—¿Te gustaría tener uno? —preguntó el sacristán.

—¿Uno para mí? ¿Para tenerlo siempre?

—Sí, claro.

—¡Si pudiera llevarme dos…! Uno para mí y otro para Clara.

—Espera un momento —dijo el anciano.

Luego tomó a la gata entre los brazos, la llevó a una habitación, le puso un platito con leche y cerró la puerta.

—Ahora sí, puedes elegir dos gatitos.

Los ojos de Heidi brillaban de entusiasmo. Eligió uno todo blanco y otro con rayas blancas y grises, y puso a cada uno en un bolsillo. Luego se despidió del anciano sacristán, salió de la iglesia y se reencontró con el organillero, que la esparaba sentado en la escalinata.

Poco después llegaron a la casa del señor Sesemann, cuya puerta de entrada estaba adornada con una cabeza de león tallada en bronce. Heidi hizo sonar la campanilla y enseguida apareció Sebastián.

—¡Por fin ha vuelto! —exclamó el mayordomo al verla—. ¡La señorita Rottenmeier está que parece un volcán a punto de estallar! ¿Cómo se le ocurrió salir sin avisar? ¡Vaya enseguida a la mesa que la están esperando para cenar!

Heidi fue directo hacia el comedor. Clara no dijo nada y la señorita Rottenmeier se limitó a observarla con ojos severos.

—Más tarde tendremos que hablar, Adelaida —dijo con frialdad—. Espero que comprendas que te portaste muy mal y eso merece un castigo.

La respuesta a las palabras del ama de llaves fue un *¡miau!*

—¿Cómo? ¿Qué dijiste? —exclamó entonces la mujer—. ¿Después de lo que hiciste te estás burlando de mí?

—No, yo… —balbuceó Heidi.

¡Miau, miau!

—¡Suficiente! —gritó la señorita Rottenmeier, roja de indignación—. ¡Retírate inmediatamente de la mesa!

Heidi se levantó muy asustada. Quería dar una explicación.

—Señorita Rottenmeier, yo…

¡Miau, miau, miaaauu!

—Pero, Heidi —intervino Clara—, ¿por qué haces *miau* si ves que a la señorita Rottenmeier le molesta tanto?

—¡Es que no soy yo, son los gatitos! —explicó Heidi, sacando a sus mascotas de los bolsillos.

El efecto fue el mismo que si hubiera tirado una bomba sobre la mesa.

—¡¿Eh?! ¿Qué…? ¿¡Gatos!? ¡Sebastián! ¡Tinette! ¡Llévense a esas criaturas ya mismo! —chilló la señorita Rottenmeier, que detestaba a los gatos, mientras salía corriendo del comedor como si la persiguiese el diablo.

Los animalitos, mientras tanto, habían subido a la falda de Clara, y Heidi se había arrodillado a su lado. Las niñas estaban encantadas.

—Sebastián —dijo Clara—, necesitamos su ayuda. Tenemos que encontrar un escondite para los gatitos.

—Yo me ocupo de eso, señorita —respondió Sebastián tomando las mascotas.

Al cabo de un rato se entreabrió la puerta de la biblioteca y la señorita Rottenmeier se asomó apenas para preguntar:

—¿Ya desaparecieron esos animales repugnantes?

—Sí, señorita —respondió Sebastián.

Por ese día el ama de llaves estaba demasiado agotada para sermonear a Heidi, así que se retiró directamente a su dormitorio.

Las niñas también se acostaron a dormir, contentas de saber que los gatitos estaban a salvo.



Capítulo VIII
Nuevas sorpresas en casa de los Sesemann

A la mañana siguiente, Sebastián acompañaba al maestro a la biblioteca cuando sonó la campanilla de la puerta. El mayordomo pensó que tal vez fuera el señor Sesemann, a quien esperaban de regreso, y corrió hacia la entrada. Pero al abrir la puerta se encontró con un muchacho harapiento que llevaba un organito colgado en la espalda.

—¿Qué necesitas? —le preguntó con desconfianza.

—Quiero ver a Clara —respondió el joven.

—No seas maleducado; es la *señorita* Clara.

—Como sea, me debe ochenta centavos.

—¿Qué? Me parece que estás loco. ¿Y cómo sabes que ella vive aquí?

—Ayer la llevé hasta la iglesia por cuarenta centavos y después la acompañé hasta aquí por otros cuarenta.

—¡Te pisaste solo! —exclamó Sebastián—. La niña Clara no puede caminar. Así que vete ahora mismo de aquí si no quieres problemas.

Pero el muchacho no se movió.

—Le digo que ayer estuve con ella, y caminaba lo más bien —insistió—. Tiene el pelo corto y oscuro y usa un vestido marrón.

Sebastián comprendió que no se trataba de Clara, sino de Heidi.

—Está bien —dijo—. Entra y espera aquí. Si quieres tocar un poco tu instrumento, estoy seguro de que a las niñas les gustará.

El mayordomo subió a la biblioteca.

—Abajo hay un muchacho que quiere hablar con la señorita Clara —anunció.

—Que suba —dijo la niña.

La señorita Rottenmeier, que estaba en el comedor ocupada con un trabajo de costura, oyó de pronto las notas alegres de un organito. Sorprendida, pensó que el músico estaría junto a alguna de las ventanas que daban a la calle. Pero luego notó que la melodía llegaba desde mucho más cerca. Se puso de pie y fue siguiendo el sonido, que la llevó escaleras arriba, hasta la puerta de la biblioteca.

Durante un momento, la mujer no creyó lo que veían sus ojos. En medio del cuarto había un muchacho andrajoso[17] haciendo sonar un instrumento. Las niñas lo escuchaban encantadas y al maestro se lo veía aturdido, sin saber bien qué hacer. Pasaron unos segundos hasta que la señorita Rottenmeier pudo reaccionar.

—¡Basta! —gritó.

Pero su voz quedó tapada por la música del organito. Entonces avanzó hacia el organillero, y en ese momento algo rozó sus pies. La mujer miró al suelo y se alejó de un salto, tal vez el salto más largo y veloz que hubiera dado en su vida. Se había recogido las faldas y gritaba horrorizada:

17 **Andrajoso:** que está vestido con prendas rotas, viejas o sucias.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

En el piso había una tortuga que se arrastraba lentamente sobre el parquet.

Esta vez los aullidos de la señorita Rottenmeier sí se escucharon y el mayordomo acudió al instante.

—¡Llévese a todos! ¡Personas y animales! ¡Échelos a la calle ahora mismo! —ordenó el ama de llaves, mientras se desplomaba en un sillón, exhausta.

Sebastián hizo salir al muchacho con su tortuga, y antes de despedirlo le puso unas monedas en la mano.

—Acá están los ochenta centavos de la señorita Clara —dijo—, y otros cincuenta por haber tocado tan bien. ¡Adiós!

La calma volvió a reinar en la sala de estudio. La señorita Rottenmeier le dijo a Heidi:

—Tú eres la culpable de todo esto, Adelaida, y como castigo voy a tener que encerrarte en el sótano a oscuras, con los ratones.

—¡No, señorita Rottenmeier! —pidió Clara—. ¡No lo haga! Espere a que vuelva mi papá. Entonces podrá contarle lo que hizo Heidi, y que él decida el castigo.

El ama de llaves tuvo que acceder al pedido de la niña.

—Está bien, Clara —dijo con frialdad, mientras salía de la habitación—. Pero no creas que le voy a ocultar nada al señor Sesemann.

Siguieron días de calma. La señorita Rottenmeier continuaba indignada y resentida con Heidi. A Clara, al contrario, se la veía cada vez más alegre. Durante las clases ya no se aburría, porque Heidi la hacía reír con sus ocurrencias y asociaciones. Y después de la lección, se quedaban juntas en la biblioteca, conversando.

Heidi extrañaba mucho la montaña y deseaba volver cuanto antes. Ya había entendido que en la ciudad no se podía correr libremente como en los Alpes, y tampoco podía conversar con el buen Sebastián, porque no estaba permitido. Su único consuelo eran los dos pancitos que agregaba cada día a la provisión que guardaba para la abuela.

Pero llegó un día en que Heidi no quiso esperar más. ¿Acaso no le había dicho su tía Dete que podía regresar cuando quisiera?

A la hora de la siesta, la niña envolvió todos los pancitos en su pañoleta roja, se puso su viejo sombrero de paja y bajó las escaleras en silencio. Ya estaba por salir cuando se abrió la puerta de entrada y apareció la señorita Rottenmeier, que volvía de la calle.

—¿Y esto qué significa? —preguntó la mujer, examinando a la niña de pies a cabeza—. ¿No te prohibí terminantemente salir a deambular por las calles?

—No iba a deambular, señorita Rottenmeier. Quería volver a mi casa —dijo Heidi, intimidada por el tono del ama de llaves.

—¿Así que te escapabas? Eres una desagradecida, eso es lo que eres. Me gustaría saber dónde te tratarían mejor que en esta casa.

—¡Es que tengo que irme! —exclamó Heidi—. ¡La abuelita de Pedro me está esperando, y Blancanieves debe estar triste porque no me ve! Además acá no se puede ver al sol despidiéndose de las montañas. ¡Si el águila volara sobre Fráncfort y viera tantas personas apuradas en las calles gritaría más fuerte que nunca!


CALVO

—¿Qué significa todo eso…? ¿Te has vuelto loca? —dijo la señorita Rottenmeier—. ¿Y qué es eso que llevas ahí?

El ama de llaves tomó la pañoleta de Heidi, la desató y los pancitos rodaron por el suelo.

—¡Pan viejo! —gritó la señorita Rottenmeier—. Esto es el colmo. ¡Sebastián! Tire inmediatamente ese pan y lleve a esta niña a su habitación de una buena vez. Me parece que está delirando.

El ama de llaves se retiró. Heidi se había quedado inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas.

—Los pancitos eran para la abuela de Pedro —murmuró apenas, pues la angustia le cerraba la garganta—. Ahora no se los podré llevar…

—No llore, señorita —dijo el mayordomo—. Podrá llevarle a la abuela todos los panes que quiera, ya va a ver. Pero estos están viejos y duros, ¿ve? Vamos, no se ponga triste. ¿Sabe qué haremos? Más tarde la voy a llevar a los fondos de la cocina a visitar a los gatitos. Están preciosos y se pasan el día jugando. ¿Qué le parece?

Heidi hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y después subió a su habitación arrastrando los pies, como si todas las fuerzas la hubieran abandonado.

Al otro día la casa era un revuelo: el señor Sesemann había regresado. Sebastián y Tinette subían y bajaban cargando bultos y valijas, mientras el dueño de casa abrazaba a su hija.

Después de un momento, el señor Sesemann se volvió hacia Heidi, que lo observaba en silencio desde un rincón.

—¡Así que tú eres la pequeña suiza! —le dijo con ternura—. Ven, dame la mano. Cuéntame cómo se llevan con Clarita. ¿Se hicieron amigas?

—Clara siempre es buena conmigo —contestó Heidi.

—¡Qué bien! Me alegro mucho —dijo el hombre—. Ahora permítanme ir a desayunar, y en un ratito seguiremos conversando.

El padre de Clara se dirigió al salón. Allí lo esperaba la señorita Rottenmeier, ansiosa por expresarle su opinión sobre Heidi. Pero Sesemann la saludó cordialmente, sin prestar atención al gesto impaciente del ama de llaves. Recién cuando terminó de comer se dirigió a ella.

—La noto preocupada, señorita Rottenmeier —dijo con serenidad.

—Señor Sesemann —empezó la mujer—, hemos sufrido una horrible, horrible decepción. Cuando usted me encargó buscar una compañera para la señorita Clara, yo pensé que una niña suiza, sencilla y tranquila, sería ideal. Muchas veces oí hablar maravillas sobre el carácter de la gente criada en la montaña. Pero me han engañado al traerme a esta niña.

—Supongo que hasta los niños suizos tendrán algunos defectos, ¿no?

—Señor Sesemann, espero que me entienda…

—Jamás le pedí que la compañera de mi hija fuera un ángel, señorita Rottenmeier. ¿Cuál es el problema con la pequeña?

—¡Es que esa niña no está del todo cuerda, señor! Si supiera las cosas que hemos pasado… ¡Hasta trajo animales a la casa!

—¡Animales! ¿Qué quiere decir?

El señor Sesemann estaba empezando a preocuparse, pero

en ese momento golpearon la puerta y Sebastián anunció la llegada del maestro.

—¡Ah! —exclamó el padre de Clara, poniéndose de pie—. ¡La persona que necesitábamos!

El maestro y el señor Sesemann se dieron la mano afectuosamente.

—Siéntese, por favor. Cuénteme un poco cómo va todo con la pequeña compañera de mi hija —le pidió Sesemann—. Acabo de escuchar noticias un poco extrañas.

El maestro tomó asiento, se aclaró la garganta y comenzó a decir:

—Si desea que exprese mi opinión personal sobre el carácter y las aptitudes de la niña, señor, ante todo debemos pensar en qué significa para un niño crecer alejado de la vida social. Cómo sus potencialidades…

—Mi querido maestro —lo interrumpió el padre de Clara—, ¡no se tome tantas molestias! Solo quiero saber qué piensa de ella como compañera de mi hija.

El maestro meditó unos instantes y luego comenzó otra larga y confusa explicación, que fue nuevamente interrumpida por el señor Sesemann.

—Está bien, señor maestro, le agradezco mucho —dijo, poniéndose de pie—. Ahora, si me disculpa, debo ir a conversar con mi hija.

Y dicho esto, Sesemann salió de la sala y subió a la biblioteca, donde estaban las dos niñas. Se sentó junto a su hija, y dirigiéndose a Heidi, inventó una excusa para poder hablar un momento a solas con Clara.

—Pequeña, ¿podrías traerme un… un vaso de agua? —pidió.

—¿Fría? —preguntó Heidi.

Sesemann asintió con una sonrisa. Y cuando Heidi salió, preguntó:

—Y ahora, querida hija, ¿podrías decirme cuáles son esos animales que tu compañera trajo a casa, y por qué la señorita Rottenmeier cree que Heidi no está bien de la cabeza?

Clara le contó a su papá la historia de los gatitos y del organillero y la tortuga, y le explicó las frases de Heidi que tanto aterraron a la señorita Rottenmeier.

Sesemann encontró el relato muy divertido.

—¡No quiero que Heidi se vaya, papá! —dijo Clara—. Desde que está conmigo todo es mucho más divertido.

Esa noche, la señorita Rottenmeier se enteró de que Heidi seguiría viviendo en la casa. El señor Sesemann opinaba que la pequeña no solo no estaba loca, sino que era inteligente y original.

—Debe comprender que sus rarezas no son maldades, señorita Rotennmeier —le explicó al ama de llaves—. Desde hoy se la tratará como a una hija más. Si usted no sabe cómo manejarla, no se preocupe. Pronto tendrá ayuda, porque mi madre vendrá en unos días y se quedará un tiempo con nosotros.

Ninguna de estas noticias hizo muy feliz a la señorita Rottenmeier, pero no tuvo más remedio que aceptarlas.

Al cabo de dos semanas, Sesemann debió prepararse para otro viaje de negocios, esta vez a París. A Clara le apenó la nueva partida de su padre, pero se consoló pensando que muy pronto volvería a ver a su querida abuela.

Capítulo IX
La abuela de Clara

Por los preparativos que se hacían en la mansión el día de su llegada, se notaba que la madre del señor Sesemann era alguien que imponía respeto. Durante toda la manaña el personal doméstico anduvo de aquí para allá, ordenando, limpiando y arreglando hasta el último detalle. Y esa tarde, cuando se oyó frenar un coche ante la puerta de la casa, Tinette, Sebastián, el cochero Juan y la señorita Rottenmeier acudieron a la puerta principal para recibir a la recién llegada.

Heidi esperaba en su habitación. Le habían ordenado no bajar hasta que la llamaran, porque seguramente la señora Sesemann querría conversar primero con Clara a solas. También le habían dicho que se comportara del modo más respetuoso con la anciana y la llamara siempre “señora”.

Después de un rato, Tinette abrió la puerta del dormitorio de Heidi.

—La esperan en la biblioteca —informó con su habitual malhumor.

Heidi se dirigió hacia allí con cierta aprensión.[18] ¿Qué

18 **Aprensión:** temor de que ocurra algo perjudicial o inoportuno.

nuevas reglas debería aprender ahora? ¿Qué nuevas prohibiciones debería obedecer?

Al abrir la puerta del estudio, sin embargo, la sorprendió una voz alegre y amable.

—¡Aquí está nuestra pequeña! —exclamó al verla la abuela de Clara.

Era una mujer de aspecto agradable y distinguido, con el pelo blanco y ondulado y brillantes ojos color miel.

—Buenos días, ¿cómo está usted, señora Sesemann? —saludó Heidi.

Durante un instante la anciana la miró con sorpresa y después sonrió.

—¿Así es como saludan en los Alpes, querida? —preguntó.

—No, nunca saludamos así —respondió Heidi.

—Bueno, ¡nosotros tampoco, hijita! —dijo la señora Sesemann acariciándole la cara, sin dejar de sonreír—. Así que puedes decirme abuela y nada más, ¿te parece bien?

—¡Claro! —exclamó Heidi, aliviada.

Había algo en la expresión de la anciana que infundía confianza y ternura, y Heidi enseguida se sintió encariñada con ella.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó la mujer, tomándola de las manos.

—Me llamo Heidi. Pero si me llaman Adelaida, también presto atención… —y se detuvo, porque la señorita Rottenmeier acababa de entrar en la sala.

—La señora Sesemann entenderá —dijo el ama de llaves— que no podíamos llamar a la niña por ese apodo que se usa en las montañas. Era necesario un nombre más apropiado.

—Mi estimada Rottenmeier —replicó la anciana—, si la pequeña está acostumbrada a que la llamen Heidi no veo por qué hay que decirle de otra manera, ¿no le parece?

El ama de llaves asintió, aunque por supuesto no estaba de acuerdo…

Al día siguiente, después del almuerzo, cuando Clara descansaba, la anciana le preguntó a la señorita Rottenmeier qué hacía Heidi durante esas horas.

—Se encierra en su habitación, donde podría dedicarse a muchas cosas útiles… Pero desgraciadamente solo se le ocurren travesuras ridículas.

—Bueno, yo también las haría si me dejaran dos horas sola en una habitación… —dijo la señora Sesemann—. Vaya a buscarla, por favor, y tráigala a mi cuarto. Quiero mostrarle algunos libros.

—No sé qué piensa hacer con ellos, señora, porque la niña ni siquiera sabe leer. ¡Durante todo este tiempo con el maestro no ha aprendido ni una letra!

—Qué extraño —dijo la anciana—. No me parece una niña tonta ni mucho menos. De todas maneras, tráigala. Siempre puede entretenerse mirando los dibujos.

Poco después apareció Heidi. La señora Sesemann se sentó con ella en un sillón y le mostró los libros. Heidi miraba encantada las ilustraciones de colores a medida que la mujer daba vuelta las páginas. Pero de pronto, ante un dibujo, sus ojos se humedecieron y se largó a llorar con amargura. La abuela miró el dibujo. Representaba una pradera verde y un rebaño de ovejas cuidadas por un pastor.


CALVI

—¿Qué pasa, Heidi? —preguntó—. Me imagino que el dibujo te trajo recuerdos… Pero no llores más, porque el cuento que acompaña al dibujo es muy lindo. Esta noche te lo voy a contar en la cama. Todo el libro está lleno de historias hermosas que podemos leer juntas, ya vas a ver.

Pasó un ratito y la niña de a poco se calmó. Entonces la anciana le preguntó cómo iban las clases con el maestro.

—¿Estás aprendiendo a leer y escribir?

—Eso es imposible —respondió Heidi con un suspiro.

—¿Por qué imposible, Heidi?

—No se puede aprender a leer, es demasiado difícil.

—¿Pero por qué dices eso?

—Me lo dijo Pedro, que estuvo un montón de tiempo tratando de aprender y no pudo.

—Bueno… A Pedro no lo conozco. Pero te voy a decir algo: no hay que dejar que los fracasos de otros nos desanimen. Cada uno tiene que intentar las cosas por su cuenta y descubrir lo que es capaz de hacer. Yo te aseguro que si quieres puedes aprender a leer en poco tiempo. Y cuando hayas aprendido te voy a regalar este libro: vas a encontrar muchas historias preciosas y va a ser como si alguien te las contara.

—Eso me encantaría… —suspiró Heidi.

—¡Entonces vas a aprender, no lo dudes! Ahora vamos a ver qué hace Clara, que ya debe estar despierta —dijo la anciana con alegría, y tomando a Heidi de la mano salieron juntas de la habitación.

Aunque el cariño de la señora Sesemann fue un consuelo

para Heidi, eso no le hizo olvidar la pena que afligía su corazón. Había comprendido que su tía Dete la había engañado, y que no solo no podía volver a la montaña cuando quisiera, sino que tal vez tuviera que quedarse en Fráncfort para siempre. Esa idea oprimía su alma, pero Heidi no se animaba a expresar su tristeza por temor a decepcionar a Clara o hacer enojar a la abuela. De esa manera, su pena crecía cada día un poco más. La niña casi no comía, había adelgazado y perdido el color de sus mejillas. Además, le costaba mucho dormir: daba vueltas en la cama hasta muy tarde, y cuando por fin se dormía, sus sueños casi siempre la llevaban de vuelta a su adorada vida anterior. ¡Pero qué desilusión despertarse y descubrir que seguía en Fráncfort, tan lejos de los picos nevados, de las flores, del aire limpio del campo!

La tristeza de Heidi no pasó inadvertida para la señora Sesemann, y una mañana se sentó con la niña a conversar.

—Dime qué pasa, Heidi. ¿Qué es lo que te pone tan triste?

Heidi no quería que la buena mujer se enojara con ella, así que repondió:

—No, no se lo puedo decir.

—¿No? ¿Y a Clara se lo puedes decir?

—No, a nadie.

—Bueno… —dijo la anciana, conmovida por la angustia de la niña—. Entonces te voy a decir algo, hijita. Cuando uno tiene una pena que no puede contarle a nadie, tiene que decírsela a Dios y pedirle a Él que lo ayude. ¿Sabías eso? ¿Te acuerdas todas las noches de rezar y de agradecer a Dios por lo que te da y de pedirle que te proteja de las penas?

—No, nunca hago eso —contestó Heidi.

—¿Nunca aprendiste ninguna oración, Heidi?

—Hace mucho tiempo aprendí una con mi primera abuela, pero ya la olvidé.

—¿Ves? Por eso estás tan triste. Piensa qué hermoso es poder pedirle ayuda a Dios, y que Él siempre esté para escucharnos.

Los ojos de la niña se animaron.

—¿Pero puedo contarle todo? —preguntó.

—Todo, todo, Heidi.

Heidi soltó la mano de la abuela y preguntó:

—¿Puedo irme ahora?

—Por supuesto —sonrió la anciana.

La niña subió corriendo a su habitación, cerró la puerta y le contó a Dios todo lo que la hacía sentirse triste, y le pidió con insistencia que la ayudara y la dejara volver junto a su querido abuelo.

Una semana más tarde, el maestro se presentó en la sala para conversar en privado con la señora Sesemann.

—Me alegro de verlo, señor —dijo la anciana—. Dígame qué lo trae por aquí. ¡Espero que no sea nada malo!

—Al contrario, señora. Ha ocurrido algo imprevisto… En realidad, uno nunca deja de tener expectativas… Pero, considerando los antecendentes, debo decir que ha resultado una verdadera sorpresa…

—¿Por casualidad intenta decirme que Heidi está aprendiendo a leer?

El hombre la miró con asombro.

—¡Así es…! Es realmente algo extraordinario —continuó,

fiel a su estilo de expresarse—. Después de todos mi esfuerzos, y cuando ya comenzaba a darme por vencido, la pequeña se ha puesto a leer con una facilidad muy poco común en los principiantes…

—En la vida ocurren muchas cosas extraordinarias, mi querido maestro —dijo la señora Sesemann, sonriendo satisfecha—. Sus palabras me dan una gran alegría.

Esa misma noche, cuando se sentó a la mesa, Heidi encontró junto a su plato el gran libro con ilustraciones que tanto le había gustado. La niña miró intrigada a la abuela.

—Sí, hijita. Ahora es tuyo, como te había prometido —dijo la señora Sesemann.

—¿Mío para siempre? ¿Me lo puedo llevar cuando vuelva a mi casa? —preguntó Heidi, emocionada.

—Sí, claro, es tuyo para siempre. Mañana empezaremos a leerlo juntas.

Aquel libro se convirtió en un tesoro para Heidi. No se cansaba de mirar sus láminas de colores, y todas las tardes leía alguna de las historias en voz alta, para Clara y la abuela. Los cuentos resultaron un refugio y un consuelo para la niña, que en el fondo de su corazón seguía extrañando la vida en los Alpes.

Una tarde, como ya era costumbre, la señora Sesemann mandó llamar a Heidi a su cuarto. Eran los últimos días de la anciana en Fráncfort, y quería conversar a solas con la pequeña una vez más.

Cuando Heidi entró en su habitación, siempre con el libro de cuentos bajo el brazo, la mujer tomó el libro y lo apoyó aparte. Después miró a Heidi a los ojos y tomó sus manos.

—Me doy cuenta de que sigues triste, querida. ¿Por qué?

¿Le pediste ayuda a Dios, como te dije?

—Sí —respondió Heidi.

—¿Le rezas todo los días para que te bendiga?

—No, ya no le digo nada —contestó Heidi con tristeza.

—¿Por qué?

—Porque Dios no me escuchó. Demasiadas personas deben rezarle todos los días pidiéndole cosas. Yo le recé durante una semana y no hizo nada.

—Dios escucha a todos, Heidi —dijo la anciana—. No debes dudar de Él. Lo importante es no perder la confianza y pedirle de todo corazón, porque Él sabe lo que nos conviene. Tal vez lo que le pediste no sea algo bueno para ti en este momento, y Él esté esperando el momento indicado para ayudarte. Hay que tener paciencia y confianza, y ya verás cómo se cumplen todos tus deseos.

Heidi escuchó esos consejos con gran atención y prometió cumplirlos.

El día de la partida de la abuela fue muy triste para las niñas. La señora Sesemann trató de mantenerlas entretenidas para hacerles olvidar la inminencia de la despedida. Pero cuando el coche al fin se la llevó, en la casa se instaló un gran vacío y un gran silencio, y Heidi y Clara pasaron el resto del día sentadas juntas, haciéndose compañía casi sin hablar.

Al día siguiente, como todas las tardes, Heidi llevó su libro al estudio para leerle un cuento a Clara. Pero apenas comenzó a leer, Heidi se puso a llorar, porque la historia trataba sobre una abuelita que se moría.

Clara trató de consolarla, explicándole que era solamente un cuento. Pero lo cierto es que Heidi pensó por primera vez en la posibilidad de que su abuelo o la abuelita de Pedro se podían morir mientras ella estaba en Fráncfort, y que entonces nunca más volvería a ver a esas personas tan queridas.

Estos pensamientos alimentaron su pena y sus lágrimas, de modo que no vio que la señorita Rottenmeier había entrado a la sala.

Clara le explicó el motivo del llanto al ama de llaves; pero esta, viendo que Heidi no paraba de llorar, se acercó a ella y exclamó:

—¡Adelaida, basta de una vez! Si te encuentro de nuevo lloriqueando por una de estas historias tontas, te voy a quitar el libro para siempre.

Esa amenaza impresionó mucho a Heidi, porque aquel libro era su tesoro más preciado, así que partir de ese día no lloró más delante de otros, por más triste que se sintiera. Pero en las noches, todos los pensamientos dolorosos acudían a su mente y la niña lloraba durante mucho rato, mojando la almohada con sus lágrimas hasta que el cansancio la vencía y se quedaba dormida.

Así pasó el invierno, y de a poco el sol volvió a brillar sobre la ciudad. Entonces la nostalgia de Heidi se hizo más grande todavía. Oculta en la soledad de su habitación, la niña se tapaba la cara con las manos para no ver los brillos del sol que se filtraba entre las cortinas. La pobre Heidi cerraba los párpados con fuerza y luchaba en silencio contra sus desesperados deseos de volver a ver el enorme y luminoso cielo de los Alpes.

Capítulo X
¡Fantasmas!

Desde hacía un tiempo los criados decían que había fantasmas en la casa, porque todas las mañanas encontraban la puerta de calle abierta. Cada noche la cerraban con doble llave y cerrojo, pero no servía de nada. A la mañana siguiente volvía a aparecer abierta de par en par.

Una noche, Sebastián decidió montar guardia para descubrir el origen del misterio, y le pidió a Juan, el cochero, que le hiciera compañía.

Cuando todos se acostaron a dormir, los dos hombres se sentaron en la sala y se quedaron allí conversando en voz baja, atentos a los sonidos de la casa. El reloj dio las doce y después la una, y no pasaba nada. Entonces el cochero le propuso al mayordomo inspeccionar la mansión, para no quedarse dormidos. Sebastián no se mostró muy entusiasmado con la idea.

—Sígueme a mí, no tengas miedo —lo animó Juan, poniéndose de pie.

Y tomando una vela avanzó por el largo pasillo que llevaba a la escalera, seguido por el mayordomo. Pero al abrir una puerta, una ráfaga apagó la llama de la vela y Juan retrocedió bruscamente.

—¿Qué… qué pasa? —tartamudeó Sebastián—. ¿Qué viste?

Juan se había puesto pálido de golpe. Tragó saliva.

—Una… una figura blanca… flotaba en la ecalera —murmuró.

Los hombres estaban aterrados. Caminaron muy despacio y sin despegarse hasta el vestíbulo, y al llegar allí descubrieron con horror que algo o alguien había abierto una vez más la puerta de calle.

Cerraron la puerta, se sentaron juntos y permanecieron así varias horas, sin atreverse a cerrar los ojos, hasta que salió el sol.

La puerta de entrada volvió a aparecer abierta día tras día. La señorita Rottenmeier le escribió al señor Sesemann para informarle de las misteriosas apariciones nocturnas, que habían instalado un clima de temor en la casa, poniendo en riesgo la débil salud de su hija.

El señor Sesemann se enteró de esas noticias y dos días después, muy preocupado, estaba de vuelta. Clara lo recibió con alegría y él sintió un gran alivio al ver que su hija seguía sana y de buen humor.

Por las dudas, Sesemann había mandado llamar a su médico de confianza, el doctor Classen, para que revisara a Clara. Pero el doctor confirmó su diagnóstico: la niña estaba igual que siempre, no había por qué preocuparse.

—¿Usted cree en los fantasmas, estimado Classen? —preguntó el señor Sesseman cuando el doctor terminó de revisar a Clara.

El médico sonrió intrigado y el padre de Clara le contó la historia que había oído de parte de la señorita Rottenmeier y de sus sirvientes.

El ama de llaves tenía la teoría de que se trataba de algún antepasado de la familia Sesemann, que por motivos desconocidos había regresado y se dedicaba a abrir puertas…

—Me propongo resolver el misterio esta misma noche —dijo el padre de Clara—. Tal vez, como hombre de ciencia, le interese acompañarme.

El doctor Classen aceptó la invitación. Así que, después de cenar, los dos se sentaron en la sala a esperar la aparición del fantasma.

Era pasada la medianoche cuando oyeron que alguien corría el cerrojo de la puerta principal, daba dos vueltas a la llave y abría.

El señor Sesemann tomó un candelabro, el doctor otro, y avanzaron por el pasillo que conducía al vestíbulo.

La suave luz de la luna entraba por la puerta abierta y bajo su resplandor se adivinaba una figura blanca e inmóvil.

—¿Quién anda ahí? —gritó con autoridad el doctor Classen.

Al oír esa voz, la figura, como si saliera de un trance, dejó escapar un gemido y se movió.

Los hombres avanzaron hacia ella, y al acercarse descubrieron la identidad del fantasma: era nada menos que Heidi. Estaba descalza, llevaba un camisón de algodón y temblaba como una hoja sacudida por el viento.

Después de un momento de mudo asombro, el señor Sesemann le habló con voz muy dulce.

—¿Qué estás haciendo aquí, pequeña? ¿Por qué no estás en tu cama?

Heidi tardó unos instantes en responder. Se la veía muy confusa y asustada.


CALVI

—No… no lo sé —respondió.

Sesemann miró al doctor Classen.

—Permítame llevarla a su habitación, Sesemann —dijo el médico, avanzando hacia la niña—. Volveré en un momento.

El hombre alzó a Heidi y subió con ella las escaleras hacia el dormitorio. La acostó en la cama, la tapó y se sentó a su lado. Heidi seguía muy nerviosa, pero el médico la serenó acariciándole con suavidad la cabeza.

—Todo está bien, pequeña —dijo—. Dime… ¿a dónde querías ir?

—A ningún lado… —contestó Heidi—. Yo no bajé las escaleras… pero de pronto estaba ahí.

—¿Tuviste algún sueño?

—Todas las noches sueño lo mismo. Estoy en la cabaña de mi abuelito y oigo el murmullo de los pinos, y entonces corro a la puerta para mirar los árboles y las montañas, y todo es tan lindo…

Al decir esto, los ojos de Heidi se llenaron de lágrimas.

—¿Y sientes algún dolor en la cabeza o en la panza? —preguntó el médico.

—No, solo aquí —contestó Heidi, apretándose el pecho—. A veces me parece que tengo encima una piedra pesada que me aprieta.

—¿Y esa piedra no se va si lloras?

—No, no se puede llorar. La señorita Rottenmeier me lo prohibió.

—Ah… Entiendo. Y dime: ¿te gustaba vivir en la montaña? ¿No te sentías muy sola, ahí?

—¡No! ¡Allí todo era hermoso! ¡Hermoso!

Heidi no pudo hablar más. Los recuerdos desataron su pena y el llanto la desbordó. El doctor siguió acariciando su cabeza y dijo:

—Llora, hija mía. Llora todo lo que quieras, eso te hará bien.

Cuando la niña al fin se durmió, el médico volvió a la sala donde lo esperaba el dueño de casa, lleno de ansiedad.

—Amigo Sesemann —dijo el doctor Classen—, tu protegida es sonámbula, como habrás visto. Pero eso se le pasará. Lo importante es que está sufriendo una enorme tristeza y melancolía. Se nota que no come y que duerme muy mal. Tiene los nervios deshechos. No es cuestión de darle píldoras o jarabes. El único remedio que te aconsejo es llevarla de nuevo a las montañas que tanto extraña. Sin duda eso la va a curar. Y te sugiero no perder tiempo, porque cada día que pase aquí se pondrá peor.

Estas inesperadas palabras fueron como un golpe para el señor Sesemann. ¿Cómo había llegado a pasar eso en su casa, sin que él lo supiera? Tras despedir al doctor, el padre de Clara se quedó meditando los pasos que debía seguir, hasta que lo sorprendió la claridad del alba en la ventana. Entonces subió al primer piso y llamó a la habitación de la señorita Rottenmeier.

—Haga el favor de bajar al comedor —dijo el dueño de casa—. Debemos hacer inmediatamente los preparativos para un viaje.

La mujer consultó su reloj. Eran las cinco de la mañana; jamás la habían sacado de la cama a esa hora. Un poco contrariada, se levantó y comenzó a vestirse.

Mientras tanto, el padre de Clara había despertado al resto de la servidumbre. Juan fue enviado a disponer el coche y el caballo. Tinette recibió la orden de despertar a Heidi y prepararla para un viaje. Sebastián tuvo que ir a la casa donde servía Dete, la tía de Heidi, para solicitarle que se presentara enseguida en la mansión Sesemann.

Todos pensaron que el motivo de semejante ansiedad tenía que ver con la aparición del fantasma y algún hecho espeluznante ocurrido durante la noche, pero no se atrevían a preguntar.

El temprano movimiento en la casa había despertado a Clara, y cuando su padre entró en la habitación de ella la encontró con los ojos abiertos.

El señor Sesemann se sentó en el borde de la cama y le contó lo que había ocurrido, incluyendo las palabras del médico sobre el estado de salud de Heidi.

Al principio Clara sintió una gran desilusión. Lloró y le suplicó a su padre que encontrara alguna forma de curar a Heidi sin apartarla de su compañía. Pero Sesemann le pidió a su hija que comprendiera y que fuera fuerte, y le prometió que al año siguiente la llevaría a Suiza para visitar a Heidi.

Mientras tanto, la tía de Heidi había llegado a la mansión. Cuando el dueño de casa le explicó lo que ocurría y le informó que debía acompañar a la niña de vuelta a los Alpes sin demora, Dete se sintió muy contrariada. Recordaba bien la furia del viejo cuando le ordenó no volver nunca más ni devolver a la niña. La idea de enfrentar la ira del abuelo no le causaba ninguna gracia. Enseguida empezó a explicarle al señor Sesemann que en ese momento un viaje así le resultaba imposible por su trabajo, que

ella tenía muchas ocupaciones, que antes había que coordinar los tiempos y otras excusas similares.

El dueño de casa comprendió que no podía esperar nada de la muchacha y la despidió enseguida, sin darle explicaciones. Después llamó a Sebastián y le dijo que él sería el encargado de llevar a Heidi a las montañas. Partirían ese mismo día hacia Basilea,[19] para poder llegar a la aldea en los Alpes a la mañana siguiente.

—Voy a escribirle al abuelo de la pequeña para explicarle todo —dijo—. Tú debes tener bien presente una sola cosa, Sebastián: cuando se alojen esta noche en el hotel de Basilea, cuida que las puertas y las ventanas del cuarto de Heidi queden bien cerradas y que ella no las pueda abrir. ¿Entendido?

—Claro… —dijo Sebastián, sorprendido. De pronto, se había hecho la luz en su cerebro—. Pero, entonces, el fantasma era la señorita…

—Así es, mi valiente Sebastián… —dijo Sesemann con ironía, mientras se dirigía al estudio para escribirle al abuelo de la niña.

Tinette había bañado y vestido a Heidi sin darle ninguna explicación, y la pequeña tampoco le había hecho preguntas. Cuando terminaron, la doncella llevó a Heidi al estudio, donde la esperaba el papá de Clara.

—¡Buen día, pequeña! —la saludó Seseman con una sonrisa—. ¿Y entonces? ¿Qué te parece?

19 **Basilea:** una de las ciudades más importantes de Suiza.

Heidi lo miró con intriga.

—¿No te diste cuenta? —continuó el hombre—. ¡Vas a volver a tu casa!

—¿A mi casa…? —repitió Heidi, poniéndose pálida de la emoción.

—A tu casa, sí. Hoy mismo. ¿O no quieres ir? —preguntó el señor Sesemann.

—¡Sí! —exclamó al fin la niña.

—¡Muy bien! Pero, primero, a tomar un buen desayuno para tener fuerzas. Después, solamente hay que subir al coche que está en la puerta… ¡y listo!

Heidi bajó corriendo al comedor, pero la emoción le había quitado el hambre. Por un momento tuvo miedo de estar soñando otra vez y volver a despertarse de noche ante la puerta de calle, en camisón.

Hizo un esfuerzo para comer y tomar algo, y después subió a la habitación de su amiga, que seguía en la cama. A su lado había una valija abierta.

—¡Heidi! —gritó Clara al verla—. ¡Ven a ver lo que puse aquí! Es para que lleves con tu equipaje. ¿Te gusta?

Heidi miró en la valija. Había de todo: cuatro hermosos vestidos, pañuelos, medias y hasta una caja de costura con agujas e hilos de colores.

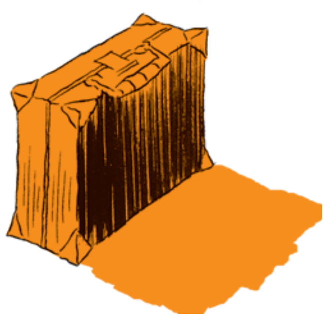
—¡Y mira esto también! —dijo Clara, señalando una canastita—. ¡Mira adentro!

Eran doce pancitos frescos, recién hechos. Heidi saltó de felicidad y abrazó a Clara, y la alegría les hizo olvidar la inminencia de la partida. Por eso, cuando oyeron la voz del señor

Sesemann llamando desde la puerta de calle, no tuvieron tiempo de ponerse tristes. Se dieron un beso y un abrazo, y Heidi corrió escaleras abajo, donde la esperaba el padre de Clara para acompañarla hasta el coche.

El señor Sesemann tomó la mano de la niña y le dijo que él y su hija no la olvidarían nunca, y que le deseaban lo mejor para el futuro. Heidi lo abrazó, le agradeció por todo y prometió que ella tampoco los olvidaría.

Luego subió al coche junto a Sebastián y en un instante se pusieron en marcha rumbo a la estación de tren.



Capítulo XI
De vuelta en los Alpes

El viaje hasta Basilea y la noche en el hotel trascurrieron sin ningún problema. A la mañana siguiente, Heidi y Sebastián volvieron a tomar el tren, y cerca del mediodía llegaron finalmente a Maienfeld.[20]

Loca de alegría, la niña saltó al andén seguida por el mayordomo, que cargaba las valijas. El tren continuó su camino por el valle y Sebastián miró a ambos lados del andén vacío, buscando a alguien que pudiera indicarle la ruta hacia la aldea. La perspectiva de ir a pie con las valijas no lo entusiasmaba.

Cerca de la estación había un hombre que cargaba bolsas en un carro. Sebastián se acercó a él, le explicó hacia dónde se dirigía y le preguntó cuál era el camino más directo hacia la aldea de Dorfli.

El hombre le dijo que él justamente iba hacia allí y que no tenía inconveniente en llevar a la pequeña y las valijas en el carro.

—Cuando lleguemos a la aldea encontraremos a alguien que acompañe a la niña a la montaña, quédese tranquilo —dijo el hombre.

20 **Maienfeld:** localidad suiza en la zona de los Alpes.

—¡Desde Dorfli puedo ir sola! —intervino Heidi—. Conozco muy bien el camino.

Sebastián ayudó al campesino a cargar las valijas y después se llevó a Heidi aparte. Le entregó dos sobres y le dijo que los guardara con mucho cuidado en el fondo de su canastita con panes. Le explicó que en uno de los sobres había dinero para ella; era un regalo del señor Sesemann.

—En el otro sobre está la carta para su abuelito. Ahora, adiós y buena suerte, señorita Heidi —dijo Sebastián.

La pequeña se despidió del mayordomo, trepó al carro y partieron.

El hombre que manejaba el vehículo era el panadero de Dorfli y, como todos en la aldea, conocía al abuelo de Heidi.

—¿Tan mal te fue mal en la ciudad? —preguntó, intrigado.

—¡No! Me trataron muy bien. Pero prefiero mil veces estar con mi abuelo —respondió Heidi.

El viaje continuó en silencio. Heidi sostenía su canastita y devoraba con los ojos el paisaje que tanto había extrañado: el valle, las flores, las imponentes montañas, el cielo limpio y azul.

Al entrar en Dorfli, el panadero detuvo el carro y ayudó a la niña a bajar.

—¡Muchas gracias! Mi abuelo vendrá a buscar las valijas —dijo Heidi, y sin perder un segundo se alejó corriendo por el sendero, montaña arriba.

Algunos curiosos se habían acercado al panadero, y este les contó que la pequeña volvía a Suiza por decisión propia, porque extrañaba a su abuelo.

La noticia causó asombro, sobre todo porque el viejo se había mostrado más huraño que nunca en los últimos meses.

Mientras tanto, Heidi corría montaña arriba con su canasta. Cada tanto tenía que detenerse para recuperar el aliento. Por fin vio la humilde cabaña de Pedro y el corazón se le aceleró de emoción. Corrió hacia allí, abrió la puerta y entró al ambiente en penumbras, pero la agitación le impedía hablar.

—¡Dios mío! —dijo una voz cascada desde un rincón junto a la chimenea—. ¡Así entraba siempre la pequeña Heidi! ¿Quién es?

—¡Soy yo, abuelita, soy Heidi! —gritó la niña.

Corrió hacia el rincón, cayó de rodillas y abrazó el regazo de la anciana ciega. La abuelita de Pedro, muda por la sorpresa, posó una mano sobre la cabeza de Heidi, la acarició y dijo:

—Sí… es su cabello y su voz… ¿De verdad eres tú, Heidi?

—¡Sí, abuelita, volví! —exclamó Heidi, feliz—. Nunca más voy a irme, y voy a venir a visitarla todos los días. ¡Le traje esto!

Heidi sacó los pancitos de la canasta y los puso sobre la falda de la anciana.

—¡Eres tú, querida Heidi! ¿Y qué es esta bendición que trajiste? —preguntó la abuela, tanteando los pancitos—. ¡Qué lindo regalo! Pero el mejor obsequio del mundo es tu presencia, hijita. ¡Cómo te extrañé! Háblame para que pueda oír tu voz. ¡Tienes que contarme todo, todo!

Mientras Heidi y la anciana conversaban, la madre de Pedro entró en la cabaña, abrazó a la pequeña y se sumó a la alegre charla.

Un poco más tarde, Heidi se despidió y prometió volver al día siguiente.

Esta vez no subió la montaña corriendo sino contemplando el imponente paisaje, porque el sol comenzaba a hundirse detrás de los picos, y el valle y los campos se teñían con un resplandor delicado y conmovedor.

Por fin apareció la cabaña. Allí estaban los altos y nobles pinos que mecían sus ramas en el viento. Y allí estaba el solitario abuelo, sentado en su banco de siempre, fumando su pipa sin advertir la figura que se acercaba.

Al verlo, Heidi soltó la canasta vacía, corrió hacia él y lo abrazó gritando:

—¡Abuelo, abuelo, abuelo!

El anciano no pudo responder. Lo habían tomado de sorpresa. Por primera vez en muchos años sus ojos se humedecieron, y lentamente se pasó una mano para quitarse las lágrimas. Después sentó a la niña sobre sus rodillas y la miró en silencio.

—Así que has vuelto, Heidi —dijo al fin—. ¿Qué pasó? ¿Te echaron de esa casa?

—¡No, abuelo! ¡No pienses eso! —respondió Heidi—. Todos fueron muy buenos, especialmente Clara y la abuela y el señor Sesemann. Pero yo quería volver, y muchas veces pensé que no iba a aguantar más… Hasta que ayer me despertó el señor Sesemann muy temprano y me dijo que podía volver, porque el doctor conversó conmigo… Aunque todo eso debe estar aquí.

Heidi recogió la canasta y le entregó la carta del padre de Clara. También puso en las rodillas del abuelo el sobre con dinero.


CALVI

El viejo leyó la carta y después la guardó cuidadosamente en su bolsillo.

—El dinero es tuyo, Heidi —dijo—. Guárdalo. Te va a servir para comprarte un linda cama y muchos vestidos.

—Ya tengo una cama que me gusta, abuelo, y también muchos vestidos que me regaló Clara.

—Entonces guárdalo en el armario, y tal vez algún día lo uses. Ahora vamos a tomar juntos un buen vaso de leche, ¿qué te parece?

Entraron en la casa, y cuando Heidi se sentó en su viejo taburete y bebió del tazón que le había servido su abuelo, exclamó:

—¡Esta es la leche más rica del mundo, abuelo!

En ese momento se oyó un silbido fuera de la cabaña y Heidi salió disparada como una flecha. Pedro venía bajando con el rebaño; al ver a la pequeña, se quedó helado de asombro. En cambio las cabras reconocieron enseguida a Heidi y la rodearon, balando alegremente.

—¡Osito, Nube!

La niña no dejaba de acariciarlas, saltando y riendo. El pastor la observaba mudo y con los ojos muy abiertos.

—¿No vas a saludarme, Pedro? —le preguntó Heidi.

—Claro… perdón —dijo el chico—. ¿Pero cuándo volviste? ¡Qué sorpresa!

—¡Volví recién!

—¡Qué bien! —dijo Pedro, sonriendo—. ¡Entonces mañana vendrás conmigo a pastorear!

—Mañana no, porque voy a ir a pasar el día con tu abuelita. ¡Pero pasado mañana, sí!

—Bueno —se despidió Pedro—. Me alegra mucho verte otra vez, Heidi.

Cuando la niña volvió a la cabaña descubrió que su abuelo le había preparado un colchón nuevo, con heno fresco y perfumado y una manta de lino.

Esa noche el anciano se levantó varias veces para asegurarse de que su nieta dormía sin problemas. Y así fue. Heidi se entregó a un descanso tan profundo y placentero como hacía meses no tenía. En ningún momento se despertó ni se levantó, porque al fin estaba en su querido hogar.

A la mañana siguiente, el viejo y la niña bajaron por la montaña. Ella se quedó en la cabaña de Pedro, mientras el abuelo seguía hasta la aldea para recoger las valijas de su nieta.

—¡Hijita! —exclamó la anciana ciega cuando entró Heidi—. Pensé que había sido un sueño, pero gracias a Dios estás aquí.

Brígida, la madre de Pedro, dijo:

—¡No sabes cómo le gustaron esos pancitos que le trajiste, Heidi! Ojalá me sobraran unos centavos para comprarle uno todos los días, porque el panadero de Dorfli hace unos muy parecidos.

A Heidi se le iluminó la cara.

—¡Yo tengo mucho dinero! —exclamó—. ¡Abuelita, voy a comprarle todos los días un pan tierno para que coma!

—No, no, querida —dijo la anciana—. Si tienes dinero dáselo a tu abuelo, él te va a decir cómo usarlo.

Pero Heidi no le hizo caso; se había puesto a dar saltos de alegría en la habitación. Entonces vio el estante donde estaba

aquel viejo libro de poemas que una vez la anciana había mencionado, y dijo:

—Abuelita, ¿le gustaría escuchar un poema de su libro, ese que está en la estantería?

—¡Me encantaría! Ojalá supieras leer, Heidi… —suspiró la abuela.

—¡Ya sé leer!

—¿De verdad? ¿Pero cómo…?

Heidi tomó el libro, se sentó en un taburete y pasó algunas páginas.

—Acá hay uno que habla del sol —dijo—. Le voy a leer este.

Mientras Heidi leía, la abuela escuchaba con creciente placer y emoción.

—¡Cuánto hace que no escuchaba esa poesía…! —dijo cuando la niña terminó—. ¿Me leerías otra, hijita?

Heidi se sintió muy orgullosa y feliz de poder hacer eso por la anciana, y siguió leyendo hasta que, un poco más tarde, alguien golpeó la ventana. La pequeña levantó la vista y vio que su abuelo estaba afuera y la esperaba. Entonces se despidió de la anciana hasta el día siguiente.

En el camino de vuelta, Heidi le contó al viejo lo contenta que se había puesto la abuelita con los poemas. También le comentó que quería bajar cada día a la aldea para comprarle a la anciana un pan tierno.

—Es tu dinero y puedes usarlo como quieras —repuso el viejo.

Siguieron subiendo en silencio. Al rato, Heidi dijo:

—Si se hubieran cumplido mis deseos cuando los pedí,

habría vuelto enseguida, sin saber leer y sin dinero para comprarle pan a la abuelita… Pero Dios arregló todo mucho mejor, abuelo. No debemos olvidarnos nunca de Dios, así Él no se va a olvidar de nosotros.

—Sin embargo, algunos se olvidan de Él —murmuró el abuelo.

—¡Pero no son felices!

—Es cierto, Heidi. ¿Dónde aprendiste eso?

—Me lo explicó la abuela de Clara.

Cuando llegaron a la cabaña, la niña abrió la valija y le mostró al viejo el gran libro que le había regalado la señora Sesemann.

—Te quiero contar un cuento, abuelo —dijo Heidi.

Entonces se sentaron y la pequeña empezó a leer. Era la historia de un joven que vivía con su padre y cuidaba los rebaños desde el amanecer hasta la caída del sol. Pero un día el muchacho abandonó la casa de su padre y se lanzó a los caminos. Durante un tiempo recorrió pueblos y vivió sin trabajar, yendo de una taberna a otra. Pero cuando se le acabó el dinero tuvo que entrar como empleado en una granja. El dueño del lugar lo puso a cuidar los cerdos, le dio unos harapos para vestirse y el alimento apenas suficiente para que no se muriera de hambre. Entonces el joven se dio cuenta de lo feliz que había sido en casa de su padre, y se reprochó con amargura haberlo abandonado. Hasta que un día decidió volver. "Voy a pedirle perdón y a decirle que no merezco ser su hijo, pero que al menos me permita volver a vivir a su lado", pensó el joven. Entonces su puso en camino hacia su

hogar, y al reencontrarse con su padre le dijo aquellas palabras y lloró avergonzado. Pero su padre lo abrazó con amor y enseguida ordenó a los sirvientes que vistieran al joven con las mejores ropas y que prepararan un banquete. “Mi hijo había muerto, pero hoy volvió a la vida”, dijo el padre. “Se había perdido, pero lo encontramos, y hay que celebrar”. Y los criados cumplieron las órdenes y esa noche reinó otra vez la felicidad en el hogar.[21]

Cuando Heidi terminó de leer miró a su abuelo. El viejo permanecía muy serio y silencioso, sumido en hondos pensamientos.

—¿No te gustó la historia, abuelo? —preguntó Heidi.

—Sí, Heidi, es una historia muy bella —contestó el anciano—. Y además la leíste muy bien.

Más tarde, cuando Heidi dormía, el viejo subió al entrepiso, se sentó junto a la cama de su nieta y se quedó ahí mucho rato, pensando y observándola en silencio. Y algunas horas después, cuando el sol del domingo resplandecía sobre las montañas y a lo lejos se oía tañer las campanas, Heidi despertó con la voz de su abuelo que la llamaba desde abajo.

—¡Arriba, Heidi! ¡Ya salió el sol! Elige un lindo vestido porque vamos a ir a misa.

Esa sí que era una novedad. La niña se puso en pie de un salto, tomó el vestido más bonito de los que Clara le había regalado y bajó enseguida.

21 La historia que Heidi le lee al abuelo es la parábola del hijo pródigo, que Jesús narra en el Nuevo Testamento para referirse a la misericordia de Dios (Evangelio según San Lucas, capítulo 15, versículos 11 a 32).

El viejo la esperaba engalanado con un traje azul y un elegante sombrero.

—¡Qué lindo que estás, abuelo! Nunca te habías puesto esa ropa —exclamó Heidi.

—Tú también estás preciosa, querida. Ahora toma tu leche y vamos.

En la iglesia de Dorfli seguían sonando las campanas y ya estaba casi todo el pueblo reunido. Nadie dejó de sorprenderse al ver llegar al viejo con su nietita, los dos tan elegantes.

Cuando la misa terminó, el anciano se acercó al cura y le extendió una mano.

—Encantado de verlo —lo saludó el sacerdote, estrechando su mano con alegría.

—Igualmente —dijo el viejo—. Vengo a rogarle que olvide las palabras que le dije hace un tiempo en la montaña. He decidido vivir en Dorfli este invierno, como usted me aconsejó. Heidi está delicada de salud y no quiero que pase frío cuando empiecen las nevadas fuertes.

—¡No sabe qué placer me da escuchar eso! —exclamó el sacerdote—. Aquí será siempre bien recibido, ya verá.

Apenas salieron de la iglesia, la gente se acercó a ellos para expresar su alegría de volver a verlos en misa, y el viejo les contó sus intenciones de pasar el invierno en la aldea. Todos lo felicitaron y se entusiasmaron con la idea, pues recordaban que muchos años antes de retirarse a la cima de la montaña el viejo había sido un excelente vecino.

Aquella manifestación de cariño sorprendió al abuelo de Heidi. Cuando emprendieron el regreso, el viejo sentía una paz y una satisfacción en el corazón como hacía mucho no experimentaba.

Antes de seguir camino hacia la cima, se detuvieron en la cabaña de Pedro. Esta vez, el viejo entró en la casa con su nieta.

—Buenos días —saludó.

—¿Es posible…? —respondió la abuela, que había reconocido la voz del viejo.

—Me parece que habrá que remendar esta casa otra vez, antes de que llegue el otoño —dijo el viejo con una sonrisa, observando el techo y las paredes.

—¡Es usted! —exclamó entonces la anciana—. ¡Quién iba a decir que a esta altura de la vida me esperaban tantas sorpresas…! Pero me alegro de vivir todavía para agradecerle todo lo que hizo por mí.

La anciana le tendió una mano al abuelo y este se la estrechó.

—Además tengo que pedirle un favor —siguió la abuela—. Si lo ofendí por algo, no me castigue dejando ir lejos a Heidi otra vez. ¡Usted no sabe lo que significa para mí esta niña!

—No se preocupe —dijo el viejo—. No quiero semejante castigo ni para usted ni para mí.

En ese momento llegó Pedro. Saludó a todos y le entregó un sobre a Heidi. Era una carta con una estampilla desde Fráncfort. Heidi la tomó emocionada, pues jamás había recibido una carta a su nombre. La abrió y la leyó en voz alta. Decía así:

Mi querida Heidi:

Desde que te fuiste todo es muy aburrido en casa. Tanto, que convencí a mi padre para que me permita viajar a visitarte en los Alpes antes de lo previsto. Si tú y tu abuelo están de acuerdo, el mes que viene podría ir allí con mi abuelita. ¿Qué te parece? No te preocupes por la señorita Rottenmeier. Ella no irá, porque Sebastián la asustó mucho hablándole de las rocas puntiagudas, los precipicios y las cabras salvajes.

El doctor Classen dice que estoy recuperando fuerzas y que el aire de la montaña podría ayudarme muchísimo. Dice que hay muchas posibilidades de que vuelva a caminar. ¡Ojalá sea cierto y pueda acompañarte a los campos, con Pedro y las cabras!

Y ojalá tú y tu abuelito estén de acuerdo con la visita, porque no sabes lo impaciente que estoy por conocer todas las maravillas que me contaste.

Te mando muchos cariños míos y de mi familia,

Clara

Heidi terminó de leer y miró a su abuelo.

—Debes contestarle a tu amiga enseguida y decirle que venga cuando quiera, por supuesto —dijo el viejo.

La niña soltó un grito de felicidad y se puso a saltar y a bailar, tomando a Pedro de las manos. El chico estaba asombradísimo de que Heidi supiera leer.

—¡Yo te voy a enseñar! —le dijo Heidi—. ¡Vas a ver qué fácil es!

—Ya lo intenté, Heidi. No es para mí. Es demasiado difícil.

—¡No, Pedro! Te digo que no es nada nada difícil, no seas terco. Y además es genial, porque vas a poder leerle poemas a tu abuelita, y también leer historias hermosas que hay en los libros.

Pedro no se mostró muy convencido, pero le prometió a la niña que iba a intentarlo.

La perspectiva de los días por venir llenó a todos de alegría, y continuaron reunidos mucho rato en la cabaña, conversando y riendo.

Cuando se despidieron, Heidi y el abuelo iniciaron el ascenso rumbo a la cabaña. Como todas las tardes, los rayos del sol teñían el cielo y las montañas con los colores más hermosos. Entonces la pequeña y el viejo se detuvieron para contemplar el paisaje y despedir en silencio aquel día lleno de sorpresas.

Por unos instantes comprendieron que ellos mismos eran parte de aquel paisaje: una parte no más importante que las flores, las cabras, las piedras y cada una de las cosas, grandes o pequeñas, que poblaban la Tierra.

Y eso hizo que se sintieran muy serenos, agradecidos y felices.


CALVI

Sobre terreno conocido

Comprobación de lectura

Unan con líneas el nombre de cada personaje con la característica que le corresponde.

Viejo de la montaña_	_Madre de Heidi, y también nombre original de Heidi.
Dete_	_Mayordomo de la mansión de los Sesseman.
Adelaida_	_Nombre de una de las cabras que posee el abuelo de Heidi.
Tinette_	_Tía de Heidi.
Señorita Rottenmeier_	_Mucama de la mansión de los Sesemann.
Pedro_	_Madre de Pedro.
Clara_	_Ama de llaves de la mansión de los Sesemann.
Brígida_	_Pastor de cabras, amigo de Heidi.
Sebastián_	_Niña inválida, con quien Heidi va a vivir para hacerle compañía.
Señor Sesemann_	_Apodo con el que se conoce al abuelo de Heidi en el pueblo.
Nube_	_Padre de Clara.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Agrupen los nombres de los personajes de la actividad anterior, según vivan en los Alpes o en Fráncfort. Luego, agreguen a la lista otros dos personajes más que vivan en cada uno de esos sitios.

Ubiquen las características físicas de cada personaje dentro del círculo que corresponda.

Heidi

Clara

rubia – pelo corto y enrulado – morocha – piel muy blanca – ojos azules – cara delgada – ojos negros

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 14 según el orden que tienen en la novela.

- Heidi recibe una carta de Clara en la que le manifiesta su deseo de ir a visitarla. ☐
- El abuelo arma una silla para Heidi. ☐
- Dete lleva a Heidi a Fráncfort. ☐
- Un sacristán le regala a Heidi dos gatitos. ☐
- La abuela de Clara la regala a Heidi un libro de cuentos. ☐
- Heidi conoce a la abuela de Pedro. ☐
- El señor Sesemann regresa a Fráncfort y conoce a Heidi. ☐
- El cura del pueblo visita al abuelo de Heidi para pedirle que la envíe a la escuela. ☐
- La abuela de Clara llega a la casa de los Sesemann. ☐
- Heidi comienza a padecer ataques de sonambulismo. ☐
- Heidi ayuda a Pedro a rescatar una cabra que está a punto de caerse por un precipicio. ☐

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

- Dete deja a Heidi con el "viejo de la montaña". ☐
- El abuelo y Heidi van a misa en la iglesia del pueblo. ☐
- El abuelo de Heidi arregla la casa de la familia de Pedro. ☐

En la carpeta, completen las afirmaciones con las explicaciones que correspondan.

- Según Dete, el abuelo de Heidi juró nunca más volver a la aldea luego de que...
- A Pedro le cuesta aprender a leer y, por eso, le dice a Heidi que...
- Dete deja a Heidi con el abuelo porque...
- Según el médico del señor Sesemann, el sonambulismo de Heidi se debe a...
- Heidi va a vivir a la casa de los Sesemann porque...
- El abuelo de Heidi piensa que mandar a su nieta a la escuela...
- En Fráncfort, Heidi quiere ver el campo y no consigue verlo desde las ventanas de la casa de los Sesemann; entonces,...
- El organillero se presenta en la casa de los Sesemann para...
- La primera vez que Heidi cena en la casa de los Sesemann se guarda un pancito para...
- Los criados piensan que en la casa de los Sesemann hay un fantasma debido a...
- Heidi le lee al abuelo una historia que trata acerca de...

Marquen con una cruz la opción correcta.

1. Cuando Heidi va a vivir con el abuelo tiene no más de...
   a) cinco años. ☐
   b) tres años. ☐
   c) siete años. ☐

2. Cuando Heidi llega a Fráncfort tiene...
   a) nueve años. ☐
   b) ocho años. ☐
   c) seis años. ☐

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

3. Cuando conoce a Heidi, Pedro tiene...
   - a) doce años. ☐
   - b) ocho años. ☐
   - c) once años. ☐

4. Cuando conoce a Heidi, Clara tiene...
   - a) doce años. ☐
   - b) ocho años. ☐
   - c) nueve años. ☐

5. El abuelo de Heidi es...
   - a) el padre del padre de Heidi. ☐
   - b) el padre de la madre de Heidi. ☐
   - c) el tío del padre de Heidi. ☐

6. A la abuela de Pedro le gusta que le lean...
   - a) cuentos. ☐
   - b) las noticias del diario. ☐
   - c) poesías. ☐

7. Pedro concurre a la escuela...
   - a) durante todo el año. ☐
   - b) solamente durante el invierno. ☐
   - c) solamente durante el verano. ☐

8. En Fráncfort, Dete trabaja en...
   - a) la casa del señor Sesemann. ☐
   - b) la casa de la abuela de Clara. ☐
   - c) una casa que no es la de los Sesemann. ☐

9. Cuando el padre de Clara conoce a Heidi, este le dice a la señorita Rottenmeier que...
   - a) mande a Heidi a su casa. ☐
   - b) trate a Heidi como una hija más. ☐
   - c) se ocupe de enviar a Heidi a un orfanato. ☐

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Actividades de comprensión y análisis

1 Lean los siguientes fragmentos e indiquen con cuál de las cualidades de la personalidad de Heidi (que se mencionan en la página siguiente) se relaciona cada uno. Luego, en la carpeta, copien otro fragmento de la novela en el que se ponga de manifiesto esa cualidad.

a) [Heidi] comenzó a hacerle [a Pedro] un montón de preguntas. Quería saber exactamente cuántas cabras tenía, adónde las llevaba, que haría con ellas cuando llegara al sitio elegido y muchas cosas más.

b) Heidi le sostuvo la mirada [al viejo]. Ese abuelo con barba blanca y gruesas cejas despeinadas le parecía digno de estudio.

c) De pronto [Heidi] tuvo una idea y fue hasta el armario. Cuando el viejo retiró la olla y el queso del fuego, descubrió que su nieta había puesto la mesa. Ya estaban dispuestos los platos, los cubiertos, dos tazones y unas rebanadas de pan.

d) Heidi bebió su leche con placer y después cortó un gran pedazo de pan con queso y se lo ofreció a Pedro.
—Puedes comer esto también, si quieres. Yo ya tengo mucho.

e) Pedro se sacó su morral [...]. Heidi se sentó a su lado y se dedicó a clasificar por color y tamaño las flores que había recogido.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

f) Cuando la cabra estuvo otra vez en la manada, Pedro la tomó de la soga que tenía alrededor del cogote y alzó su vara en el aire para darle unos azotes. Pero Heidi lo detuvo, tomándolo del brazo con todas sus fuerzas.
—¡No, Pedro! —exclamó—. ¡No le pegues! [...] ¿No ves que está asustada?

g) Heidi extrañaba mucho la montaña y deseaba volver cuanto antes. [...] No quiso esperar más. [...] A la hora de la siesta, la niña envolvió todos los pancitos en su pañoleta roja, se puso su viejo sombrero de paja y bajó las escaleras en silencio.

- observadora ☐
- curiosa ☐
- comprensiva ☐
- decidida ☐
- hacendosa ☐
- generosa ☐
- inteligente ☐

2 Conversen entre todos: además de las mencionadas en la actividad anterior, ¿qué otras cualidades posee Heidi? ¿Son todas cualidades buenas? ¿Puede decirse que Heidi no tiene defectos? ¿Por qué? Justifiquen sus respuestas con los fragmentos del texto que consideren más apropiados.

3 Heidi es la **protagonista**, o el personaje principal, de la novela. En distintos momentos, algunos personajes colaboran con ella, es decir, tienen la función de **ayudantes**; otros, en cambio, dificultan o impiden que la protagonista realice sus objetivos o, simplemente, no la dejan ser feliz: son los **antagonistas** u **oponentes**.

En cada una de las siguientes situaciones, escriban el nombre del o de los personajes que cumplen la función indicada.

- Heidi no quiere dejar a su abuelo y viajar a Fráncfort.
  Antagonista: ____

- En Fráncfort, Heidi quiere ver el campo.
  Ayudantes: ____

- Heidi y Clara quieren quedarse con los dos gatitos.
  Ayudantes: ____
  Antagonista: ____

- Heidi intenta escaparse de la casa del señor Sesemann.
  Antagonista: ____

- Heidi aprende a leer y disfruta el libro de cuentos que le regalaron.
  Ayudante: ____
  Antagonista: ____

- Heidi logra regresar a la casa del abuelo.
  Ayudantes: ____

4. Relean el siguiente fragmento y, luego, resuelvan las consignas.

> Entonces recordó que estaba en Fráncfort, y en un instante saltó de la cama. Se acercó a una ventana para abrirla, pero los postigos eran demasiado pesados para ella. Como un pajarito encerrado en una jaula de oro, que quiere atravesar los barrotes volando de un lado al otro, así iba Heidi de una ventana a la otra intentando abrirlas para ver el sol y el cielo y sentir el aire fresco en la cara.

a) Respondan: ¿a qué momento de la historia pertenece?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
re suelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

b) ¿Por qué les parece que se compara a Heidi con un pájaro encerrado en una jaula de oro? ¿Qué relación hay entre esta comparación y los hechos que ocurren más adelante en la vida de Heidi?

5 Como se señaló en la “Introducción”, *Heidi* posee ciertas características propias de la **novela de formación** o **novela de aprendizaje**. Este tipo de novelas, al centrarse en el desarrollo físico, intelectual y espiritual del protagonista, no se limita solamente a describir el proceso mediante el que este adquiere los conocimientos que se imparten en la escuela (aunque puede incluirlo): también abarca lo que aprende a través de la relación con su entorno y de las distintas situaciones que le toca vivir.
Teniendo en cuenta esto, resuelvan las consignas.

a) Respondan a las siguientes preguntas.

- Durante la época en que Heidi vive con el abuelo, ¿qué conocimientos adquiere en relación con la naturaleza, las tareas rurales y la alimentación y la vivienda de la gente del campo?

- Durante la época en que Heidi vive en la casa del señor Sesemann, ¿qué aprende en relación con el aspecto de las ciudades y la forma de vivir de las personas que habitan en ellas? ¿Qué otras cosas importantes para su formación intelectual y espiritual aprende?

b) Relean, en el capítulo 5, el diálogo entre el cura del pueblo y el abuelo. Luego, conversen entre todos: ¿Por qué el abuelo no quiere enviar a Heidi a la escuela? ¿Les parece que tiene razón? ¿Están de acuerdo con el cura cuando dice que, con la vida que lleva Heidi en el campo, “no aprenderá nada malo, pero tampoco nada bueno”?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

6 A lo largo de la novela, el abuelo va modificando algunas de sus actitudes. Indiquen cómo se caracteriza al abuelo al comienzo de la novela y, luego, mencionen de qué manera cambia su actitud a partir de los siguientes episodios.

- Heidi conoce la casa del abuelo.
- Heidi conoce la casa de Pedro.
- Heidi regresa de Fráncfort.
- Heidi le lee al abuelo la parábola del hijo pródigo.

7 Además de su abuelo, Heidi conoce a las abuelas de Pedro y de Clara. Comparen a estos dos personajes. ¿En qué se parecen? ¿En qué se diferencian? ¿Cómo es la relación de Heidi con cada una de ellas?

8 La **parábola** es un tipo de narración que contiene una enseñanza. Por lo general, esta enseñanza no aparece de forma explícita, sino que el lector tiene que deducirla de la historia que se cuenta. Junto con la fábula y la leyenda, la parábola forma parte de las narraciones con finalidad didáctica. Se diferencia de ellas en que no está protagonizada por animales (como la fábula), sino por personas, y en que no contiene por lo general elementos fantásticos (como la leyenda).



El hijo pródigo, de Jeronimus Bosch (1450-1516).

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

a) Relean la versión de la parábola del hijo pródigo que Heidi le lee al abuelo, en el capítulo 11. ¿Cuál les parece que es la enseñanza de esa narración? Teniendo en cuenta lo que hace el abuelo al día siguiente, ¿cómo creen que la interpretó el abuelo?

b) Busquen en el evangelio de San Lucas la versión original de la parábola y compárenla con la que figura en la novela. ¿Encuentran diferencias entre los hechos que se narran en las dos versiones? ¿Cuáles?

c) Además de la del hijo pródigo, en los evangelios —y en la Biblia en general— hay muchas otras parábolas. Busquen y lean otras parábolas que se hallen en esos textos; por ejemplo, la del grano de mostaza, la de la oveja perdida, la del buen samaritano o la del sembrador.

d) Existen también cuentos tradicionales que son parábolas. Busquen en la biblioteca o en Internet otras parábolas y léanlas entre todos.

Actividades de producción

❶ **Correspondencia.** Imaginen y escriban una de las siguientes cartas. Al hacerlo, tengan presente que debe resultar creíble de acuerdo con lo que se narra en la novela.

- La carta que el señor Sesemann le entrega a Heidi cuando ella deja la ciudad, para explicarle al abuelo lo que ha ocurrido con la niña en Fráncfort.
- La respuesta de Heidi a la carta que le envía Clara comunicándole su deseo de ir a visitarla.

❷ **Diario íntimo.** Imaginen que Clara lleva un diario íntimo en el que anota lo que sucede cada día y sus propias reflexiones. Escriban las entradas del diario correspondientes a los momentos de la llegada y la partida de Heidi. Incluyan algunas referencias al resto de los personajes que conoce Clara (su padre y su abuela, la señorita Rottenmeier, Sebastián, Tinette). También pueden incluir alguna alusión a hechos que, aunque no se narren en la novela, pudieron haber ocurrido antes de la llegada de Heidi o durante su estancia en la casa de los Sesemann.

❸ **Biografía.** Tomando como base los datos que aparecen en la novela, escriban la biografía de la señorita Rottenmeier. Imaginen su nombre, su fecha de nacimiento y algunos de los principales acontecimientos de su vida. Incluyan una breve descripción del carácter de la señorita Rottenmeier. Traten de utilizar un estilo impersonal y objetivo.

❹ **Fichero.** Investiguen acerca de la fauna y la flora alpinas siguiendo los pasos que se proponen a continuación.

a) Elijan una planta y un animal de los que se mencionan en las listas.

> **Plantas**: edelweis, pulsatilla alpina, genciana, silene musgo, pino suizo, abeto.

Animales: íbice o cabra alpina, quebrantahuesos, águila real, gamuza, marmota, salamandra suiza, trucha.

b) En enciclopedias, Internet o libros de jardinería y de animales, busquen información sobre la planta y el animal que eligieron.

c) A partir de la información que obtuvieron, confeccionen dos fichas como las siguientes.

Nombre de la planta:
Grupo al que pertenece (*con vasos de conducción o sin vasos de conducción, con flores o con conos, leñosa, arbustiva o herbácea, de hojas perennes o caducas*):
Regiones en las que crece:
Tipo de suelo en el que crece:
Otras plantas del mismo grupo:

Nombre del animal:
Grupo al que pertenece (*vertebrado o invertebrado*) y, dentro de este, el subgrupo:
Regiones en las que habita:
Tipo de alimentación:
Hábitos:
Otros animales similares:

d) Si pueden, agreguen una imagen de la planta o el animal y algún dato curioso.

5 **Planos y dibujos.** Elaboren un plano imaginario de la zona de los Alpes donde transcurre la acción de *Heidi*. Señalen los siguientes puntos: la aldea, la casa del abuelo, la casa de la familia de Pedro, el lugar donde Pedro suele llevar a pastar a las cabras. Junto al nombre de cada lugar, hagan un pequeño dibujo que ilustre lo que allí se encuentra; por ejemplo: una cabaña con tres pinos para indicar la casa del abuelo, un grupo de casas y la torre de la iglesia en el lugar del pueblo, las montañas con las cumbres nevadas, etcétera.

Luego, en otra hoja, dibujen el exterior y el interior de la casa del abuelo tal como se la imaginan.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Recomendaciones para leer y para ver

Otras novelas de formación para chicos:

Ábalos, Jorge W. *Shunko*. Buenos Aires, Losada, 2005.
Alcott, Louise May. *Mujercitas*. Buenos Aires, Debolsillo, 2008.
Alcott, Louise May. *Hombrecitos*. México, Porrúa, 1996.
Dickens, Charles. *David Copperfield*. Barcelona, Debolsillo, 2003.
Salinger, J.D. *El guardián entre el centeno*. Barcelona, Edhasa, 2003.
Twain, Mark. *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Buenos Aires, Kapelusz, GOLU, 2010.
Twain, Mark. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Buenos Aires, Estrada, 2007.

Si quieren saber más sobre Suiza:

www.swissworld.org (portal de información de Suiza, publicado por el Departamento Federal de Asuntos Exteriores, Secretaría General, Presencia Suiza): www.swissworld.org/es



Dos vistas de los Alpes suizos.



*Para conocer “el pueblo de Heidi” (*Heididorf*):*

Dumas, Pierre. “Abuelito dime tú...”, diario *La Nación* (Buenos Aires), 5/7/09, suplemento *Turismo*. Disponible en: www.lanacion.com.ar

www.heididorf.ch (en alemán y en inlgés)

www.pictures-switzerland.com/maienfeld/index.htm



Muñecos que representan a Heidi y Pedro, en Maienfeld.

La famosa serie animada de Heidi, *de origen japonés:*

Heidi, la niña de los Alpes, dirigida por Isao Takahata, 1974. Existe una edición en DVD con la serie completa, que incluye diversos materiales extra.



Para conocer más sobre los personajes de la serie japonesa:

www.mundopeke.com/web/heidi/heidi.htm

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa

Bibliografía

Sobre Heidi

Hernández, Isabel. "El *Bildungsroman* de Johanna Spyri. Análisis de la transposición de un género para adultos a la literatura infantil", *Lazarillo*, revista de la Asociación de Amigos de la Literatura Infantil (Madrid, 2000) número 1, año XVIII, segunda época. Disponible en:
www.cervantesvirtual.com/servlet/IndiceTomosNumeros?portal=0&Ref=29910

Sobre la novela de formación

Bajtín, M.M. "La novela de educación y su importancia en la historia del realismo", en *Estética de la creación verbal*, México, siglo XXI, 1985.

Sobre la figura del héroe en la literatura

Meyer, Bruce. *Héroes. Los grandes personajes del imaginario de nuestra historia*. Madrid, Siruela, 2007.

Sobre la literatura para chicos

Chambers, Aidan. *Lecturas*. México, FCE, 2006.

Colasanti, Marina. *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*. Bogotá, Norma, 2004.

Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Machado, Ana María. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.

Soriano, Marc. *La literatura para niños y para jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires, Colihue, 1995.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-



Esta obra se terminó
de imprimir en abril
de 2016, en los talleres
de Primera Clase
Impresores, California 1231,
Ciudad Autónoma de
Buenos Aires, Argentina.



Heidi se ha convertido con toda justicia en uno de los personajes más célebres de la literatura infantil. Su nombre está asociado a la imagen de las montañas y los valles alpinos, en los que el paisaje parece conservar su pureza y donde las personas conviven aún en armonía con el entorno natural.

Al escribir esta novela, Johanna Spyri logró recrear un mundo que, sin apartarse de los carriles del relato realista, nos resulta más bello, más puro y, decididamente, más feliz que el que conocemos. Sin embargo, pese a esa visión idealizada de la naturaleza, el contexto en el que vive Heidi no es perfecto. En las montañas, descubre la belleza del paisaje y conoce la vida en el campo: una vida sencilla y aparentemente feliz, pero también acotada a la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación y vivienda. Luego, en la ciudad, se asoma a una realidad en la que los edificios han reemplazado a la naturaleza y donde la existencia de las personas parece muchas veces puramente artificial, pero en la que, a la vez, es posible adquirir una serie de conocimientos que permiten interpretar el mundo con una visión más amplia.

Gracias a esta sutil comprensión de la realidad de la protagonista a medida que crece, puede decirse que *Heidi* es una de las más logradas novelas de formación de todos los tiempos.

CC 61074529
ISBN 978-950-13-0269-1
9 789501 302691

Norma
www.edicionesnorma.com/argentina